

ESTUDIOS HISTORICOS.



GLORIAS DE ESPAÑA.

LAS HAZAÑAS DE PULGAR.

I.

Señores ya los cristianos de las fortalezas y poblaciones que circundaban á la famosa Granada, y tomados los puertos de la costa por donde los moros pudieran pasar á el Africa ó recibir socorro de ella, todo el destino del pueblo musulman pendia de la desesperada defensa, que hiciesen Boabdil y los guerreros que con él se habían encerrado dentro de aquella fuerte ciudad. Allí confiados en su triple muro guarnecido de mil trescientas torres, se dispusieron á sostener las privaciones de un largo asedio, en tanto que las animosas huestes del rey Católico, acampadas en la vega ó alojadas en las poblaciones inmediatas, contemplaban desde lejos aquella riquísima joya que destinaban á la corona de su monarca, cuando terminada una lucha de diez años consiguiesen plantar sobre las Torres Bermejas el pendon real de Castilla.

Mal avenidos los veteranos con la inaccion en que en-

tonces se hallaban los dos ejércitos beligerantes, entretenían los ratos ociosos, y disimulaban el desabrimiento que aquella apatía les causaba, renniéndose bajo las tiendas de campaña para discurrir, como es costumbre entre soldados, de batallas y anteriores hechos de armas. Ni faltaban cosas notables de presente, que aquellos militares pudiesen referir con lisonja del orgullo nacional. No se hablaba entonces de otra cosa en el campamento, mas que de las hazañas de un guerrero, que acompañado de otros del ejército había hecho una entrada en tierra de moros hácia la comarca de Guadix, llevando el terror hasta las mismas puertas de la ciudad. Lo mas notable era, que atacado á su regreso por toda la morisma de la tierra, notando el desaliento de los suyos á vista de una muerte cierta, é indignado por la cobarde fuga del caballero que llevaba la enseña de Castilla, había anudado un blanco cendal en la punta de su lanza y resuelto á perder la vida antes que el honor se había precipitado en las filas enemigas gritando:

—Seguidme caballeros, aquí vá el Pendon de Castilla!

Hecho era este, que decidiendo la victoria y reanimando el valor de los soldados, los había hecho entusiasmarse á favor suyo y hasta el mismo rey Fernando en pronta y merecida recompensa, había armado caballero por su misma mano al esforzado caudillo, que bien pronto se acreditó digno de esta honra. Tuvo maña de introducirse en la fortaleza del Salar, reducida al

último apuro por la escasez de agua, y cuando los moros sabedores de esta circunstancia, invitaban á rendirse á los sitiados, dispuso que se les descolgase por el muro un cántaro con la poca que habia, manifestándoles así, que no era la sed quien habia de rendirlos y arrojándoles tambien una taza de plata en albricias de que le amenazaban con el cercano y último asalto.

El que así era objeto de todas las conversaciones y el que habia llevado á cabo estas hazañas era un manchego natural de Ciudad-Real llamado HERNAN PEREZ DE PULGAR, sugeto que habia acudido á la guerra de Granada sin mas acompañamiento que el de su buena espada, ni mas recomendacion que lo ilustre de su cuna; pero que apenas llegado al campo habia sabido distinguirse en él notablemente, introduciendo víveres y refuerzo en Alhama, cuando sus defensores faltos de esperanza estaban á punto de entregarla á los enemigos; yendo á explorar el campo del rey Zagal que venia al socorro de Málaga y presentándose en esta ciudad con riesgo evidente de su vida, para llevar un mensaje del rey Católico. Corriendo de proeza en proeza y ofreciéndose como voluntario en todas las expediciones peligrosas, se habia hecho objeto de los honoríficos coloquios de todo el ejército; pero en ninguna parte de él se realizaban tanto sus hazañas, como en una tienda de campaña donde entre otros guerreros habia uno á quien mas entusiasmo inspiraban. Aunque su traje no le diferenciaba de los demas soldados, resaltaba bien entre ellos por su tez morena, sus rasgados ojos negros y por el acento de su voz; cosas todas que revelaban su origen árabe. Efectivamente, aquel que con tanto empeño elogiaba entonces á Pulgar, no hacia mucho tiempo que vistiendo el traje morisco habia sido su mortal enemigo.

—Vosotros, decia á sus interlocutores, sabeis que yo, musulman y contrario vuestro en otro tiempo, he concluido por abrazar vuestra creencia y vestir vuestro traje, mas no sabeis que lo hice movido solo por la fama y los hechos de Pulgar y para nunca separarme de su lado. Desde que yo le ví, solo y herido, penetrar en la fortaleza del Salár y hacerse dueño de la plaza antes que los míos tuviesen tiempo de cerrar las puertas, tan sobrecogidos se hallaban de espanto, ya tuve impulsos de rendir mis armas ante un hombre tan extraordinario. Llegó la ocasion de ejecutarlo cierto dia en que al frente de un destacamento de moros, conducia á Granada un tropel de cautivos y rebaños cogidos en vuestras tierras. No sabemos como aquello fué, pero ya en la misma vega vimos venir á los cristianos en nuestro segimiento y á Pulgar el primero de todos para caer sobre nosotros. Sin que me fuese posible ordenar ni contener á mi tropa la desbarató en un momento, persiguiéndola hasta las mismas orillas del Genil. Yo arrebatado en la huida, pude muy bien salvarme; mas prefiriendo la muerte á la ignominia de volver á Granada en tal estado, por un movimiento repentino de despecho y pundonor, volví las riendas al caballo para arrojarle entre los enemigos. Seguro de mi muerte, procuraba dejarla vengada en los cristianos que furiosos me rodeaban, cuando presentándose Pulgar les gritó:—Dejadle, que vivir merece quien tan bien sabe defender su vida. Luego dirigiéndose á mi continuó:

—Moro, el campo tienes libre, puedes volverte á Granada con tu caballo y tus armas.

Vencido yo entonces por sus corteses razones, realicé mi primer pensamiento y presentándole el puño de mi alfanje dije:

—Mas quiero ser cautivo de Pulgar, que caudillo de cobardes.

—Amigo, serás de Pulgar, mas no su cautivo.

Así dijo el generoso adalid estrechándome la mano en vez de tomar mi acero: quedando yo tan prendado de esta afectuosa acogida que le juré fraternidad de armas y desde aquel dia.....

Aquí llegaba de su relacion el recien convertido, cuando un grande rumor que se oyó en todo el campamento hizo suspender el coloquio y que todos acudiesen á la puerta de la tienda para saber lo que motivaba la algazara. Era la causa un arrogante moro, que celoso ó desesperado habia salido de Granada y confiando en su ligero caballo se habia acercado á el campamento cristiano, lo suficiente para arrojar y dejar clavada en una de las tiendas su lanza, de la que pendia un lizo azul, sin duda el color favorito de alguna dama. Un caballero cristiano que llevaba sobre la cimera del casco un penacho de plumas blancas, encarnadas y azules, habia partido á escape detras del moro; mas todas las gentes del real que habian acudido á las armas, le vieron volver pesados por no haber podido alcanzar al infiel. Corrido algun tanto por no haber logrado el despieque, juró que en venganza de aquel ultraje, colocaria el otra prenda con afrenta de los enemigos en sitio donde nunca pudieran ellos imaginar que penetrara la cristiana osadia. Nadie tuvo estas palabras por fanfarronada, ni dudó un momento de que fuese capaz de cumplirlas, porque el que las habia proferido era el mismo Hernan Perez de Pulgar, cuyas proezas poco antes referian los soldados.

II.

En una noche obscura y fria del mes de diciembre del año de 1491, quince hidalgos del ejército de los reyes Católicos, cruzaban aquella vega de Granada, en la que á pesar de los rigores del invierno siempre se ostentaban riquezas de la vegetacion. Siendo entonces de noche y estando la luna oculta detras de las nubes, imposible era distinguir mas que el sendero por donde caminaban, y aun eso merced al guía que llevaban, gran conocedor de aquel terreno. No se escuchaba mas rumor que el producido por el sordo murmullo de las aguas del Darro y del Genil, hacia cuyo punto de confluencia se encaminaban los ginetes. Así que llegaron á las márgenes del Genil, como si ya estuviesen acordes en lo que habian de ejecutar, metieron los caballos en el rio y le vadearon, pasando con el mayor silencio á la orilla opuesta, donde se esperaron unos á otros con el mayor silencio para no ser sentidos de los escuchas y atalayas moriscas. Vencida la dificultad de aquel paso, el que parecia gefe de aquellos guerreros mandó que le siguiesen hacia el Darro, y metiéndose en el rio, siguieron por él arriba, todos en hilera, muy despacio, y arrollando la corriente que subia hasta el pretal de los caballos, llegaron casi bajo los muros de Granada. No comprendian aun aquellos intrépidos soldados cual era la idea de su caudillo, veian que iban á entrar en Granada y esta empresa por sí sola era capaz de aterrar al mas osado; pero por grande que fuera el peligro que habia que correr, de todo se sentian capaces al sentir abrigado en su pecho el santo amor de la religion y la patria. Este vivo entusiasmo fué causa de una generosa reyerta, cuando al llegar al último puente pegado á las casas de Granada, Pulgar, pues este y no otro era el caudillo, les dijo:

—Amigos, quedáos aquí al recodo del puente para que me guardéis el caballo, porque con la ayuda de Dios y el esfuerzo de mi brazo, yo solo he de entrar en Granada.

Opusiéronse unánimes á esta resolucio, pues el que mas y el que menos ansiaba acompañarle en su arriesgada empresa y Pulgar impacientado por el tiempo que se perdia en esta contienda exclamó:

—Los que aquí quedáren me hacen tal vez mas servicio que los que fueren conmigo; pero en fin, que vengan algunos.

Acercóse casi á tientas y separó los primeros que se le presentaron, porque hubiera sido difícil escoger entre aquellos valientes. Cúpoles la suerte á Montemayor,

Bedmar, Aguilera y Baena, cuidando Pulgar de llevar consigo á su ahijado Pedro de Pulgar, el mismo moro convertido que con tanto entusiasmo hablaba de él en el campamento, y que habiendo nacido en Granada podía mejor que ninguno guiarlos por sus revueltas calles, dando esta nueva prueba de lealtad. Partieron aquellos valientes con espada en mano y hachas preparadas, llevando Montemayor la mecha encendida á prevención, mientras que sus camaradas quedaron teniendo las bridas de los caballos; pero muy resueltos así que notasen algun asomo de peligro á abandonarlo todo y volar dentro de la ciudad al socorro de sus compañeros.

En unos días en que lo riguroso de la estación habia hecho suspender las hostilidades y cuando el rey católico se habia retirado á descansar de las fatigas del sitio y hacer nuevos aprestos para continuarle con vigor, estaban los moros de Granada muy ajenos de creer que los soldados cristianos, retirados la mayor parte en las fortalezas inmediatas, habian de tener arrojado suficiente para venir de noche á pasearse en sus calles. Fuese efecto de esta confianza ó de la fortuna que los favorecia, lo cierto es que los animosos aventureros, despues de una subida tan áspera como peligrosa, se internaron en una encrucijada de oscuras y revueltas calles y sin ser vistos ni oídos llegaron precedidos de su guia hasta la plaza de la mezquita mayor. Allí en tanto que encendian los hachones, se adelantó Pulgar como á reconocer el terreno hacia la puerta principal de la mezquita y volviendo hacia sus compañeros les dijo:

—Sedme ahora testigos de lo que voy á ejecutar.

Les manifestó entonces á la luz de las antorchas un pergamino que llevaba dispuesto, en el que se veian escritas con letras de esmalte azul sobre fondo dorado las palabras: AVE MARIA. Acercóse á la puerta de la mezquita, aplicó á ella el pergamino clavándole en las tablas con su mismo puñal, que allí quedó engastado y exclamando en alta y animosa voz:

—En nombre de María, cuyo sagrado blason juré poner en esta mezquita, tomo posesion de ella por los reyes de Castilla y Aragon.

El eco solemne de la voz de Pulgar, resonando en la soledad de aquella plaza, unido al ruido sordo que hizo la puerta de la mezquita, estremeciéndose al clavar en ella el puñal, la magnitud en fin de aquella empresa

temeraria, tenian como sobrecogidos de asombro á aquellos heroicos campeones. Hincaban la rodilla ante el divino blason, cuando Pulgar gritó:

—Ahora, sígame cada uno con su hacha, y vamos pronto á la Alcaiceria, porque esta noche ha de quedar reducida á cenizas la opulencia de Granada.

Ya entonces era la Alcaiceria el depósito general y vasto almacén de costosas telas y ricos ropages de grana y seda del mercado de Granada; pero la misma importancia de los edificios de aquel barrio hacia que hubiese algunos moros destinados á custodiarle. Silenciosamente recorrían sus avenidas en profundas tinieblas, cuando llamó vivamente su atencion el ruido de pasos y el resplandor de las hachas que traian los cristianos. La aparicion de estos á tal hora y con teas en las manos tenia algo de fantástico que produjo notable estupor en los moros; mas al reconocer en el traje y arreos que eran sus enemigos los que se acercaban, empezaron á retirarse arrojándoles algunas piedras y gritando: á las armas! Baena corrió tras de ellos á ver si con la muerte podia hacerlos callar; mas ya era en vano: de torre en torre y de calle en calle, iba cundiendo la voz de los fugitivos y en breve rato todo era estruendo, confusion y vocería en la ciudad. Maravilla fué entonces que Pulgar no cediese á su impetuoso carácter, lo que hubiera causado tal vez la perdicion de sus compañeros; pero al verlos tan pocos, estenuados de cansancio y de frio y próximos á verse rodeados por un tropel de enemigos, calculó las consecuencias funestas de una desesperada defensa y cual prudente caudillo ordenó la retirada. Esta se verificó con diligencia por el mismo camino que habian traído, en el que encontraron algunos de sus compañeros que inquietos por el estruendo que oian, avanzaban con precaucion. Reunidos en fin todos fuera de Granada, se abrazaron llenos de júbilo, eobraron nuevo aliento y montando en los caballos llegaron por el mismo cauce del rio á la vega, en la que escuchaban todavia el rumor y alteracion de la ciudad. Una vez puestos en la llanura aplicaron espuela y del primer galope llegaron sanos y salvos á la cristiana fortaleza de Alhendin á tiempo que el sol saliendo de su lecho de púrpura y elevándose sobre el horizonte, difundia sus rayos por la estensa vega, cuyos campos brillaban á trechos con la escarcha.



III.

Cuando en desquite de tanto atrevimiento, salió un orgulloso moro de Granada á desafiar á los campeones de Castilla, trayendo afrentosamente puesto en la cola de su caballo el pergamino fijado por Pulgar, no pudo salir éste á darle la contestacion, por hallarse ausente y ocupado en el cerco de la torre de Gandia. No por esto dejó de ser humillada la altivez y castigada la osadía del infiel, sin embargo de la prohibicion espresa que habia de parte de los reyes católicos, que cuidadosos de no malgastar la sangre de sus adalides les tenian vedadas las justas personales en la vega. Un mancebo llamado Garcilaso, sin cuidarse del mandato de los reyes, salió á lidiar con el moro y dándole muerte obtuvo en premio de tan señalada victoria, no solo la indulgencia de sus soberanos, sino el renombre de Garcilaso de la Vega, que transmitió á sus descendientes y en especial á su hijo, insigne poeta de Castilla. Buena cuenta hubiera dado del moro, el intrépido Pulgar, si se hubiera hallado en el campo, por consiguiente, el que otro se le anticipase en nada empañó sus glorias que fueron aumentándose con la

rendicion de Granada y apaciguamiento de la rebelion de las Alpujarras: sucesos en que dió buena muestra de su denodado aliento. Cuando llegaron los dias serenos de la paz, este mismo que tan fiero se habia mostrado en los campos de batalla, descansaba de sus victorias olvidando sus propias hazañas, para escribir con sencillez estilo las del célebre Gonzalo de Córdoba.

Queriendo en fin los reyes Católicos recompensar de un modo notable las hazañas de nuestro héroe, dejaron á su arbitrio el pedir mercedes, y el elegir para sí y sus sucesores algunas de las tierras que habia ganado á punta de lanza. Pulgar pidió entonces los *molinos de Tremecen*, los que en todo caso habria que conquistar de los moros, por hallarse situados en Africa, donde los Católicos reyes no tenian dominio. Llegó un dia, sin embargo, en que los españoles pusieron en Africa el pie, y un hijo de Pulgar tomó solemne y pública posesion de los heredamientos de su padre, realizando su noble presentimiento, hijo de la altivez castellana, para la que en aquellos dias de gloria, era poco el mundo conocido.

F. FERNANDEZ VILLARILLE.

HISTORIA SAGRADA.

DE ESCLAVO A REY.

I.

LA VENTA DE UN HERMANO.

Habitaba Jacob, hijo de Isaac, la tierra de bendicion que le fué prometida á Abraham, á quien Dios escogió de entre los hombres para hacer alianza con él, y en su compania su hijo José, jóven de 16 años, que se ocupaba en apacentar las manadas de ternos corderillos en union de sus hermanos. La paz y alegria reinaban en aquellos inocentes pechos, que tenian un corazon tan cándido como el del ganado que conducian: paz y alegria propia de aquel siglo verdaderamente de oro. La familia a que aludimos era la predilecta de Dios en el suelo, y de la que descende el creador de la religion cristiana. Poblaba la prometida tierra de la Canaan, donde los prados estaban cubiertos de un verdor perenne; corrian arroyos de leche y miel; Ceres daba sus doradas espigas dos veces al año, los árboles igualmente la fruta duplicada, y el clima en fin estaba en primavera constante: todo era felicidad, todo abundancia.

José era el hijo menor de Jacob, y por un afecto natural que tanto perjudica en las familias, era tambien el mas querido de todos los hermanos; estos acosados por la envidia, animal monstruoso, y alimentado siempre de ponzoña, no podian ver tal predileccion. Asi es que le iban aborreciendo, y ademas de despreciarle le miraban hasta con horror. El inocente no comprendia la causa porque con desvío sus hermanos le abandonaban en el campo con su pequeña porcion de ganado.—Una mañana se levantó de dormir muy gozoso, y con la mayor inocencia corrió á buscarles; así que estuvo á su lado, dijo: ¿Quereis que os diga el sueño que he visto esta noche?

Y ellos tan solo por satisfacer su curiosidad, si, cuéntalo, le digeron, y empezó con toda su sencillez á hablarles de esta manera.—A media noche oí una música muchísimo mas hermosa que la que hacen juntas todas las zampoñas de esta tierra bien templadas; luego vi una claridad que no tiene comparacion la del sol con ella, porque era mas pura y mas brillante: me parecia que estábamos atando juncos en el campo, que los míos se sostenian derechos y con la frente levantada, al paso que los vuestros no se podian tener, caianse, y parece que adoraban al mío. Otro sueño vi despues, y fué bajar el sol, la luna, y once estrellas, y me adoraron.—Concluyó con esto, y un rumor sordo que comenzó á levantarse á la mitad de la relacion siguió en aumento hasta que prorrumpieron todos los hermanos en llamarle los mayores improperios; unos decian:—Necio, crees por ventura, que porque nos hayas contado esos sueños (que tal vez sean falsos) hemos de pensar en que has de ser otro rey y te adoremos? ¡Orgulloso!—No lo creas, le decian otros, antes, desde ahora te aborrecemos mas.—Anda, anda, le gritaban todos, márchate de aquí, que no te queremos, á otro lado, vete á reinar en sueños, que nos otros despreciamos tu poder; ¡vanidoso!—Así le digeron, volviéndole en seguida la espalda, y echando á andar. Al ver José este proceder en sus hermanos, se le anegaron las mejillas en lágrimas, y volvióse confuso y abatido á donde estaba su ganado. No quiso contar á su padre lo que habia sucedido, porque no castigase á los que tan mal le trataron: noble proceder digno de su virtud que ellos no siguieron. Y si presentáronse á Jacob, y le contaron el sueño de José, añadiendo que habia dicho, que, así como el sol, la luna y las once estrellas le habian adorado, le adorarian tambien, su padre, su madre y sus once hermanos (que efectivamente tantos eran) falsedad notoria, y que fué causa de que Jacob se resintiese, y le riñera fuertemente.

Continuaba José separado de sus hermanos, que se hallaban en Dothain, ciudad de la Palestina; y á poco le envió su padre á que viese lo que pasaba entre ellos,

y si cuidaban los ganados. Marchó, y al cabo del tiempo necesario llegó á donde moraban; así que le vieron, empezaron á reírse de él; y tanto le aborrecían, que trataron de matarle. Mas Ruben tomó su defensa, aunque encubiertamente y pudo librarle de una muerte cierta; pero los demas no aplacaban su odio si no daban un castigo al que ellos llamaban el Rey Soñador. Determinaron arrojarle en una cisterna vieja, únicas fuentes que entonces se usaban, donde abandonándole moriría lleno de rabia y desesperacion. Le desnudaron la túnica que vestía, sin que les moviera á piedad las lágrimas y ruegos, únicas armas que podía oponer á sus crueles hermanos; armas poderosas, cuando se emplean para un corazon noble, pero flacas para mover á compasion á las almas viles, y le sumieron en una cisterna sin agua que había en el desierto. Ruben separóse de ellos para ir por la noche á sacarle de aquella horrible mansion. Mas cuál fué su desconsuelo al verse sin él, y no encontrarle por ninguna parte donde le buscaba! Corrió á verse con sus hermanos y á preguntarles donde le tenían, y ellos por única respuesta, le dieron la túnica que le quitaron, llena de sangre y rasgada, diciéndole, que la presentara á su padre como único resto del hijo querido, que fué devorado por una fiera segun lo confirmaba la vestidura. Ruben todo lloroso, temia presentarse delante de Jacob por no apesadumbrarle con tan triste noticia; mas no pudo menos de hacerlo, y el honrado anciano al saber el desgraciado fin de su hijo querido, se entregó al mayor desconsuelo; vistióse de cilicio; llorábale de continuo, sin que fuesen bastantes los demas para suavizar sus penas, porque no queria ni aun verlos; negándoles de este modo las caricias paternales que tanto placer causan en la niñez, cuya negativa es un castigo.

II.

NO HAY VIRTUD SIN HONOR.

Diez años habian pasado desde que los hermanos de José llevaron á su padre la túnica ensangrentada, diciendo la habian encontrado en medio del desierto; mas no fué así, sino que con esto le engañaron, é igualmente á Ruben. A poco de tenerle los crueles metido en la cisterna, trataron de venderle, y lo hicieron á unos madianitas por el valor de 157 rs. vn., que repartieron cual presa entre lobos. Iban los compradores en caravana á Egipto, y en esta ciudad le vendieron ellos á Putifar, principe del ejército egipcio.

Dichosísimo se hallaba José con su estado, que mas que esclavo era señor; si bien, á pesar del tiempo transcurrido, no podia olvidar un instante á su anciano padre. El era el amo de la casa, porque todo lo dirigia, en todo mandaba. Su virtud le franqueó la confianza de su dueño, y su virtud tambien, le ocasionó grandes males.

Bellísimas facciones adornaban á José, sus cabellos como el oro pendian en graciosos rizos por la espalda, su mirar interesante, su hablar dulce, y su gallardia sin vana ostentacion eran prendas que hacian se le mirase con admirable respeto. ¡Pero cuántas asechanzas no tiene la verdadera virtud! La muger de Putifar se enamoró apasionadamente de él, y no perdonaba medio ninguno para hacerse amar: todo era en vano, su virtud resistia con valor y prudencia las pretensiones de la infiel esposa, y mas que sus alagos y caricias, apreciaba el honor de su amo y el suyo. Viendo ella que era inútil cuanto hacia para vencer la honestidad de José, que se mostraba impávido en medio de la tempestad que le amenazaba; recurrió á la fuerza para conseguir lo que no pudo con dulzura, y fué inútil tambien. Al ver el mal éxito de sus tentativas, se desesperaba, y lo que antes era

amor, se convirtió en odio implacable. Le quitó una prenda, y presentóse con ella á su marido, acusando al inocente de una pretension que ella tanto deseaba: pedia vengase el desacato, y no necesitó mas Putifar para mandarle encerrar en un calabozo. Cargáronle de cadenas, le sugetaron los pies con grillos, y aquella alma virtuosa fué «martir de la castidad.» No le abandonaba Dios un instante; antes daba fuerza á su espíritu, y sufría con resignacion su triste estado. Su alma llena de sabiduría estaba libre, porque no pueden los hombres aprisionarla; y ella volaba por el mundo, veía á Dios, y era feliz.

En la misma prison que José habia dos oficiales del palacio de Pharaon rey de Egipto, y estando un día conversando le contaron unos sueños originales que habian visto, los descifró, vaticinando á uno la muerte, y al otro que volvería á la gracia del rey. Llegaron los cumpleaños de este y como era costumbre, hacia justicia general á sus vasallos: con respecto á los dos presos en compañía de José, sucedió la interpretacion que este dió á sus sueños; pues á uno le dieron muerte como á J. C. colgándole en una cruz, y el otro volvió á palacio.

En tanto seguia José en la prison perdiendo sus juveniles años en la esclavitud; mas él no desanimaba: era inocente, y tarde, ó temprano se haria justicia para que brillase con todo esplendor su virtud.

Cuando mas tranquilo estaba entró un oficial de Pharaon á decirle de parte del monarca fuese á su presencia. Llegó, y al verle le dijo:—Hebreo: he sabido que interpretas los sueños; yo he soñado, y todos los sabios y adivinos de mi reino no me le descifran: te le contaré, y si tú tienes mas talento que ellos, gozarás mi gracia y serás feliz.

Y empezó Pharaon: «Me parecia estar en la ribera del caudaloso Nilo: vi siete vacas de gruesas carnes, y hermosas, siguiéndolas en pos otras siete feas, y flacas, luego vi siete espigas llenas de granos que brotaban de una sola caña, y otras siete delgadas, y picadas de tizon; las cuales se tragarón la lozanía de las primeras.» A lo que respondió José, no soy yo, sino el Dios de Abraham quien declara tu sueño; y me dice: que las siete vacas hermosas, y las siete espigas llenas indican siete años de abundancia que habrá en el mundo, y otros tantos tan estériles que se agotará todo, y el hambre será universal. Quedóse atónito Pharaon, le preguntó si no habría remedio para librar del hambre á su reino, y le dijo: que sí, si le proveia de un gobernador «sábio é industrioso.»

Viendo entonces que José habia sido el único que le interpretó el sueño, dudó encontrar quien desempeñase el cargo que exigia la situacion del reino, y se le confirió á él; prendado tambien de la admiracion que causaba su aspecto, le entregó todas las insignias reales, y hasta le puso el anillo.

Mandó Pharaon que en adelante no llamáran á José, sino el *Salvador del mundo*; que doblasen la rodilla en su presencia; y por último le dió por muger á Aseneth, hija de Putifar, jóven la mas hermosa que moraba en Heliópolis, ciudad del Sol.

La inocencia triunfó: desde la mas honda esclavitud, subió á ocupar el primer puesto despues del rey, lugar debido en premio de su virtud.

Llegaron los siete años de abundancia que fué extraordinaria; José almacenó multitud de granos y frutos, sin permitir se esportasen ningunos fuera del reino; y con tan prudentes medidas no temió la época de esterilidad, que llegó como lo habia anunciado. Todo el mundo menos Egipto, se hallaba abrumado con el hambre mas espantosa, y de todas partes acudían á él para que les vendiera el sustento indispensable: iban á Pharaon, y les decia: mi sabio gobernador es el rey; y des-

cansaba entre las dulzuras y bendiciones de sus súbditos, ¡Cuánto vale un buen vasallo!

III.

PAGAR CON FAVOR LOS DAÑOS.

Jacob continuaba en compañía de sus once hijos; y también en su tierra se sintió el hambre.

Al ver que todos iban á Egipto á comprar granos, les envió al mismo objeto, quedándose á su lado Benjamin, por ser el mas pequeño. Antes de partir oremos á Dios, dijeron todos por que sea próspero nuestro viage, é inclinados de rodillas prorrumpieron: Glorioso Dios de Abraham, yo te bendigo! Perdónanos nuestras culpas y enséñanos el camino de la gloria, que si es espinoso, iremos descalzos; si de precipicios, solo nos valdremos de tu ayuda, por que sin ella no somos nadie, ampáranos, protéjenos, que todos te adoramos y alabamos, ¡oh Dios de Abraham!

Llegaron á Egipto, presentáronse á José, que no le conocieron, si bien ellos lo fueron en breve. Humilláronse ante él, y le adoraron. Entonces vió cumplido su sueño. Antes de despacharles el trigo notó que faltaba un hermano, y creyendo si habrían hecho lo que con él, empezó á interrogarles como á unos espías para saber de este modo, porque no quería darse á conocer, si vivía su padre. No quedó persuadido con las razones que alegaron, y después de alijirlos, y ponerles en situación apurada, dió orden para que atasen á Simeon el peor de ellos, y quedara en la cárcel hasta que volbiesen los demás con Benjamin. Llenáronles en seguida los costales de grano, y pusieron á la boca de cada uno el dinero que pagaban: les dió además víveres para el camino, y despidióles afable.

Contaron á su padre cuanto les habia sucedido, y el padre lloró por Simeon á quien no creía volver á ver. Al desatar los talegos cayó el dinero de todos, y quedáronse asombrados. ¿Quién es ese hombre que gobierna en Egipto, se preguntaban unos á otros, que nos ha tratado con tanta aspereza, y sin embargo ha conmovido nuestro corazón? Callad, les decía Jacob, vosotros aceleráis mis pasos al sepulcro quitándome mis hijos; no estaban aun enjugadas las lágrimas que he vertido por José, y me las haceis derramar de nuevo por Simeon, y luego pedis llevaros á Benjamin? ¡Ah no sois buenos hijos míos!....Estos lloraban, el padre también y aquella mansion era un valle de lágrimas. En vano protestaban de su inocencia, pecaron una vez, y no habia derecho para creerles justos en otra falta.

El hambre volvió á aparecer con fiereza en la familia de Jacob, y este envió á sus hijos por mas granos á Egipto; mas ellos le dijeron, que no podían presentarse sin llevar á Benjamin; el padre negó entregarle, y Ruben entonces le dijo: padre mio, dos hijos tengo, tómalos y haz lo que te plazca de ellos, si dándome tu hijo no te le devuelvo, y también á Simeon: compadécete de él, y de nosotros, que moriremos sino de hambre. Por último cedió, no sin harto dolor, y marcharon todos después de adorar á Dios, llevando á José varios regalos, y por si habia sido un olvido poner el dinero en los costales, volviéronle duplicado.

Entraron en Egipto, y al preguntar por el gobernador, les introdujeron en un magnífico salon donde les dejaron solos y encerrados. Quedáronse atónitos, y temían les redujesen á esclavitud tal vez por haberse llevado el dinero en los costales; pero pronto salieron de esta incertidumbre: entró el mayordomo de la casa, le hicieron presente su temor, y les dijo: la paz del Señor es con vosotros: lavaos los pies, aquí teneis agua, y sentaos luego á comer en esta mesa. Miráronse

unos á otros, y ninguno podia explicar lo que le pasaba. Cuando estuvieron sentados, entró José con Simeon, y se humillaron ante el gobernador. Este no podia mirarlos sin conmovirse. Quiso probar si habian escarmentado sus hermanos, y se tenían amor, y mandó que después de llenar los sacos de trigo y poner en ellos el dinero, en el del mas joven metiesen además su copa de plata. Les despidieron á la mañana siguiente, y al marcharse fué á su alcance el mayordomo, diciéndoles ¡infames! los beneficios que habeis recibido pagais con ingratitud? hurtando la copa en que bebe mi amo, qué pretendisteis?—Señor! le respondieron, no es cierto, amamos mucho á vuestro amo, para que le ultrajemos: pero aquel en que hallares la prenda que buscas, sea muerto, y nosotros seremos tus esclavos. Hágase dijo, y comenzaron á desatar, y registrar los costales; al llegar al de Benjamin la hallaron...inmóviles quedáronse todos, y sumidos en llanto volviéron á la ciudad. Rependióles José tan fea accion, y les dijo por último.—Id todos libres, menos el robador, y direis á vuestro padre que se queda por esclavo mio. Echáronse entonces á sus pies diciéndole, señor! quédese cualquiera de nosotros en tu poder, mátanos si te place; pero que Benjamin vaya libre á consolar á nuestro padre, que se quedó llorando por la separacion. Acuérdate señor que nos dijiste, no volviésemos á tu presencia sin traer á nuestro hermano, pues bien, no puedes figurarte el trabajo que nos ha costado arrancarle del seno de la familia, que á fuerza del hambre cedió; mas quedóse triste y llorosa. Mátanos señor, pero déjale libre, para que vaya á cerrar los ojos de nuestro anciano padre, que camina para el sepulcro. No pudo contenerse mas; mandó dejasen solos á sus hermanos, y con llanto de alegría empezó á abrazarlos diciéndoles: mi padre vive, ¿dónde está mi padre? yo soy José vuestro hermano, aquel á quien vendisteis á los madianitas: todo lo olvido, abrazémonos, y nuestro amor será eterno. A torrentes corrian las lágrimas de todos los párpados que lloraban de gozo; ninguno pudo pronunciar una palabra; pero era mas elocuente el silencio que cuanto pudiesen decir. Se abrazaron y el ósculo de paz estampóse en todas las mejillas. Serenado un poco, les mandó volviessen á su tierra, y trajeran á su padre, y demas parientes para vivir todos juntos en venturosa paz. Dióles regalos infinitos, y les acompañó hasta la salida de Egipto.

IV.

VIVIR BIEN PARA MORIR ENTRE BEN- DICCIONES.

El hambre continuaba en la mitad de su fuerza, y Egipto sin embargo era feliz, gracias al sabio gobernador, ó mejor dicho rey; porque él solo mandaba.

Llegó Jacob con sus innumerables familias, rebaños y cuanto tenían, y José les dió la fertilísima tieras de Gessen donde morasen. No ocultó á Pharaón quienes eran las personas que habia admitido en su reino, ni la humilde clase de que él descendía: le dijo eran pastores y sus padres. Vióles el rey, les colmó de regalos, y aseguró á sus descendientes el terreno que habitaban.

¡Grande generosidad en un egipcio, que como todos aborrecia la profesion de pastor, y despreciaba á los hebreos! Pero pudo mas la virtud, que la preocupacion. Felicisimos vivieron todos bajo la proteccion del Salvador del mundo: los siete años de hambre finaron, y volvió la tierra á prestarse dócil al trabajo de los hombres que la regaban con su sudor, devolviéndoles en cambio con usura las semillas con que la sembraban. Los rebaños de las familias de Jacob se multiplicaban, y

crecían prodigiosamente, y la paz, el contento, y todos los placeres de una alma llena de temor de Dios reinaban en aquellas santas moradas.

Las vidas de los bienhechores, duraron largos años; y cuando estos empezaron á hacer sentir su peso arrugando la frente y encorbandando el cuerpo del hombre, cual el riguroso estío dobla la lozana espiga que antes mirára al cielo con orgullo, descansaron apoyados sobre sus hijos benditos, firme báculo de la vejez, y ellos ostentaban la encanecida y preciosa carga á quien debían su existencia, como el mas estimable tesoro.

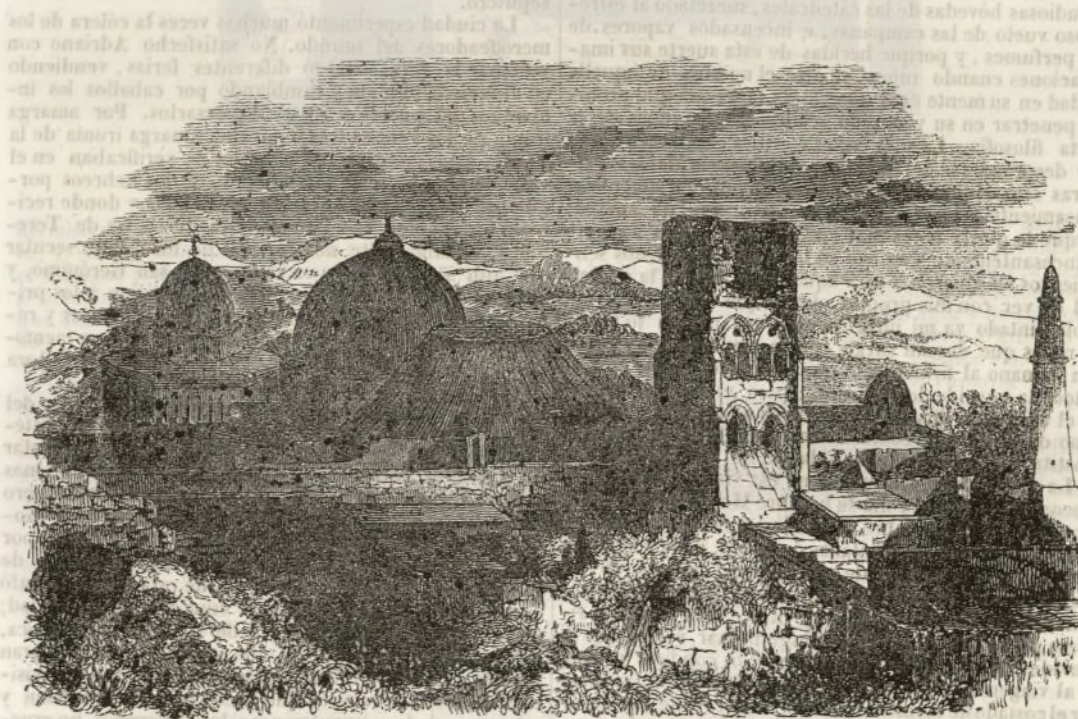
Alcánzóles la inhumana muerte, ó mas bien cortó el hilo de su existencia vacilante para que fuesen á habitar la mansion de los justos, el parage que Dios tie-

ne destinado para premio de las buenas criaturas.

Pomposas exequias hicieron tanto á José como á Jacob; llevando sus cuerpos á la tierra de Canaán. Los egipcios lloraron la muerte del primero como la de un padre que ademas de sacarles de la miseria les dió pan, y con él la vida. Con sus sabias providencias pobló muchos desiertos de Egipto de innumerables personas, que poco despues causaron la revolucion mas grande del mundo; ayudando á Moises á enseñar á los hombres las revelaciones de Dios, y preparándoles para recibir la venida de Jesucristo, redentor y libertador de la esclavitud del Universo.

ANTONIO PIRALA.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Vista exterior de la iglesia del Santo Sepulcro.

JERUSALEN.

Hay lugares en la tierra, cuya celebridad y significacion es inmensa por haberse cumplido dentro de su recinto alguna de las grandes fases de la humanidad. El drama inaugura la escena y despues de la desaparicion de los personajes que en él figuran y escitan nuestra admiracion, la mente todavia los busca, corre en pos de su huella, de su ligera sombra, visita los sitios que los

albergaron, los describe, los consagra y de pensamiento en pensamiento los trasmite á las sucesivas generaciones, mostrando lo que resta despues de transcurridos algunos siglos, como muestra el montecillo sobre que se alzaba la soberbia ciudad de Troya, las ruinas de algun templo de Atenas y la tumba del Salvador en Jerusalem. Mas si solo á la historia y á la poesia es dado ilustrar una ciudad, la religion sola puede santificarla. Si algunos viajeros entusiastas de la gloria de las artes, se lanzan á la impetuosidad de los mares para visitar y medir el solitario é inmenso templo de Teseo, para examinar las magnificas y gigantescas ruinas de Palmira, ó para contemplar el palacio de Priamo y la tumba de Aquiles

en las colinas de Pergamo á la rogiza luz que despiden las hogueras de los pastores del Ida, tambien son innumerables las caravanas de peregrinos que todas las primaveras cruzan con fervor santo los mares de la Siria, ó atraviesan los desiertos del Asia menor, para venir á arrojarse un instante y á confundir su frente en el polvo de los sagrados lugares, y conservar un grano de tierra ó una chuna de las rocas que la religiosa fé considera altares de la humana regeneracion. El nombre de Jerusalem que pronuncian con respeto no suena en sus oídos como un nombre vulgar, como un nombre cualquiera; produce el eco de él en su espíritu cierta fascinación que al proferirlo les hace inclinar la cabeza impulsados por el gran misterio que encierra, y por que les renueva impresiones y recuerdos profundamente grabados en sus pechos. Demasiado comprenden que Jerusalem es la patria común de sus almas y aun para aquellos que no profesan fé alguna, si no la queman incienso, por lo menos la respetan, porque sus madres les hablaron de ella, porque todavia zumba en sus oídos el sonoro nombre de Sion, elevado en himnos de su culto natal, bajo las grandiosas bóvedas de las catedrales, mezclado al estrepitoso vuelo de las campanas, é incensados vapores de los perfumes, y porque heridas de esta suerte sus imaginaciones cuando niños, se alza el nombre de aquella ciudad en su mente cual una pálida fantasma que prohibe penetrar en su venerado recinto las máximas de la yerta filosofía. La mas severa critica lucha en vano por desprenderse del prestigio é influencia de las primeras sensaciones de la juventud: involuntariamente el pensamiento y la gloria nos recuerda aquella ciudad, porque la gloria no es mas que un nombre que se repite incesantemente y se oye en boca de todos. Estos sentimientos me guiaron á mí á aquel sitio. Sentia la necesidad de ver con mis propios ojos lo que tantas veces me habia pintado ya mi imaginación, me sucedia lo que á los niños que desean surgir por la montaña para llegar con la mano al firmamento que les parece desde su base toca la cúspide de las rocas: para el niño como para el viajero la ilusion se desvanece al acercarse al término de su deseo, como se desvanecen todas las que constituyen el curso de la vida de las edades eternas.

La gran ciudad de Jerusalem, esa vision de paz y de concordia, la fundó y dió su nombre Melchisedech rey y pontífice. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano que corona las montañas de Judea, nada posee que indique fuese la capital de una nacion, refugio de un pueblo débil y fortaleza contra sus perseguidores. Ningun rio baña sus murallas, no le ofrece valle algunola riqueza de su cultivo, ni tiene ninguna mar vecina que la convide con los recursos de su comercio; conduce á su seno al viajero por estrechos senderos abiertos en las rocas por el costado de las montañas casi innaccessibles; el terreno que la rodea es quebrado y su suelo ingrato, el estío es abrasador, el invierno riguroso y á penas brota de entre las rocas algun escaso manantial de agua dulce. A pesar de todo esto, David no creyó haber conquistado una patria á su pueblo hasta despues de arrebatár la suya á los Jebusenses; en ella colocó la silla de aquel reducido imperio cuyos fastos misteriosos han sido despues los fastos del mundo. Salomon hizo en ella construir el templo que contenia la magestuosa unidad de Jehová. Conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por los reyes de Persia, de Egipto y por los emperadores romanos, presencié muchas veces la desdicha de su pueblo arrastrado á la cautividad; asistí á la demolición de su templo y vió á su pueblo regresar á sus ruinas siempre fiel á la libertad de su culto y á esperar resignado en las promesas de Jehová.

Despues de la época de Cristo, atacó Tito la ciudad, precisamente en dias próximos á la Pascua cuya circunstancia hacia que se hallase encerrado dentro de

sus muros casi todo el pueblo de Judea, y al cabo de cuatro meses de sitio venció y fué inmolada la inmensa poblacion por aquel emperador, el mas humano de los hombres: cumpliéndose de esta manera, la profética amenaza de Cristo al marchar al suplicio. «No quedará piedra sobre piedra de la gran ciudad de Salomon.» Profanó Adriano todos los lugares santos que buscaban los primeros cristianos para venerar sus ruinas. Los dioses del paganismo levantaron sus estatuas en Belem y sobre el Calvario; mas estos dioses de los vencedores, no eran otra cosa que imágenes muertas; del humilde pesebre y de la tumba de un crucificado, nació la nueva religion que con la invencible fuerza del verbo divino y de una moral reparadora, desarrollaba inmensamente sus cimientos y no tardó en arrojar de los templos de Roma, sus fantasmas de divinidad, sustituyéndolas con símbolos mas puros. Cuando Constantino abrazó el cristianismo, desapareció la ciudad hebrea, ante una ciudad enteramente reducida al cristianismo; á cada escena del drama de la redención se erigió un monumento ó un altar: Jerusalem constituía solo el vestíbulo del santo sepulcro.

La ciudad esperiméntó muchas veces la cólera de los merodeadores del mundo. No satisfecho Adriano con profanar la villa, celebró diferentes ferias, vendiendo en almoneda pública y cambiando por caballos los individuos del pueblo á fin de dispersarlos. Por amarga ironía de los vencedores ó por una amarga ironía de la suerte, estos mercados de hombres se verificaban en el valle de Membrea, lugar venerado de los hebreos porque fué donde Abraham situó sus tiendas y donde recibió á los ángeles. Llamaban á estas ferias las de Terebinto, tomando este nombre del de un árbol secular que aun se conservaba en tiempo de san Gerónimo, y cuya antigüedad hacia remontar la tradicion á los primeros dias del mundo. El emperador mandó hacer y repartir una medalla para eternizar su baidon en memoria de lo que aquella turba bárbara y menospreciadora de la humanidad calificaba de gloria.

Un fenómeno histórico inaudito en los fastos del mundo, impulso á los reyes de Occidente hacia esta estéril roca de la Palestina con solo el objeto de reconquistar un sepulcro. Entonces el cristianismo ostentó el mas grande esfuerzo material; conquistó á Jerusalem pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon, tan solo poseyeron sus ruinas por espacio de ochenta años. Saladino rey de Siria y de Egipto los espulsó en 1187 y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas, penetrado de la santidad de la moral evangélica, no profana el sepulcro del que considera como el gran profeta y enviado de Dios; los cristianos continúan visitando los santos lugares que yacen bajo la protección y tolerancia de los musulmanes; los peregrinos no esperimentan vejación ni obstáculo alguno. Hasta hace poco los poseedores del santo sepulcro hacian contribuir con un ligero tributo á sus adoradores; pero desde que Ibrahim Baja es señor de Judea, ha suprimido este impuesto. El conquistador de Egipto ha considerado duro é injusto el exigir retribucion alguna al infeliz peregrino de Occidente que atraviesa mar y tierra por besar la roca sagrada, emblema de su fé; no ha querido imponer traba alguna á la oración y sacrificio religioso, dando asi una prueba á las naciones civilizadas de tolerancia é ilustración.

Innumerables son las descripciones del sepulcro de Cristo que por todas partes circulan. Se compone de una pequeña cúpula cerrada dentro de otra mayor y en la que se muestra un fragmento de roca, cubierto de láminas de mármol blanco que ofrece á la veneración del viajero el verdadero lugar del sepulcro. El que con fervor religioso contempla aquel símbolo de adoración y



Interior de la cúpula y vista del Santo Sepulcro.

de misterio, se confunde en himnos de reconocimiento, y el que solo comprende el cristianismo midiendo el inmenso poder é influencia de una idea que ha regenerado el mundo, que ha existido diez y ocho siglos y que aun parece contener en su seno un gérmen fecundo y la vida moral de mas de una nacion y de mas de un siglo, le respeta y le admira con asombro. Esta tumba de cualquiera suerte que se la considere es la que determina y señala el límite de dos mundos intelectuales, y no puede menos de escitar intensamente nuestra curiosidad y anhelo, por descubrir el objeto cuya posesion se han disputado encarnizadamente numerosos ejércitos y por ver lo que venera el creyente y el filósofo respeta.

El aspecto de Jerusalem es engañoso como el de casi todas las villas y ciudades del Oriente. Se presenta á la vista en lo mas elevado de un gran plano inclinado y cubierto de olivos, rodeada de espesas murallas construidas con las piedras que sostenian las cúpulas del templo de Salomon; se halla flanqueada de almenadas torres que se alzan de cien en cien pasos con sus piscinas y sus ogivas y abovedadas puertas; sus vistosos y variados minaretes que se confunden en lo azulado del cielo, y presentan sobre los terrados de las casas los pabellones en que pasan las horas de recreo de la vida, los niños y mugeres. Parece la esplendorosa aparicion de la estatua de Jehova, la luz del sol reverberada en lo despejado de su atmósfera la inunda de claridad; al divisarla se cree aun á aquella ciudad habitada por la multitud de su pueblo, pero al penetrar en su seno presenta solo la imagen de una trisísima tumba; las puertas están abiertas y abandonadas, los caminos desiertos, las calles vacías, ni el mas leve ruido turba lo silencioso de esta mansion; en ella el judío vejeta y lleno de harapos se arrastra humildemente entre el musulman que le desprecia y el cristiano que le insulta. Impulsado á su pesar por lo antiguo de su fé hacia aquel suelo ingrato para él, presenta la última y difamada raza de este pueblo el ejemplo de patriotismo mas sublime que puede ofrecer la humanidad. Errante sobre la tierra tiene

fija siempre su mirada en Sion: regresa para exhalar dentro de sus muros el último suspiro y sucumbe contento con la idea de que cubrirá sus huesos la tierra de Abraham. A cada paso se encuentran ancianos respetables agoviados por el peso de los años y de las enfermedades y que marchan en mulas y asnos y guiados de sus hijos; y cuando se les pregunta: á donde vais y de donde venís, contestan: de Venecia, de Varsovia ó de Turin, y vamos á Jerusalem para que nuestras cenizas reposen al lado de las de nuestros padres.

Lo interior de Jerusalem es triste y sombrío. Chateaubriand lo describe admirablemente y con toda la melancolia y solemnidad de su génio: solo él ha encontrado despues de los profetas, palabras para espresar suficientemente la desolacion de estos lugares. Su poblacion indígena y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imágen de la muerte. Solo se ven por las solitarias calles y los bazares infectos, procesiones de peregrinos que sin cesar llegan y marchan otra vez, pero estos caminan absortos, con la cabeza inclinada al pecho, los ojos bajos, sin ruido alguno, sin hablar y enteramente entregado su espíritu á la preocupacion que les causa y al recogimiento que les inspira el hollar con su pecadora planta aquel suelo de milagros. En esta ciudad, en la gran ciudad del mundo, es donde menos rumor se percibe. Parece un vastísimo templo en el que solo resuena el eco de las oraciones y suspiros. Muchas veces paseando al ponerse el sol por la línea que describe el recinto de las murallas, me solia preguntar á mí mismo si lo que se agitaba en el corazon de aquel pueblo eran sus moradores, porque solo percibia el confuso y sordo murmullo producido por el rezo de los oficios de las oraciones que se elevaba en los aires por cima de las góticas bóvedas de las iglesias y conventos de religiosos griegos, mezclado al vibrante tañido de las campanas de los templos y monasterios, y á los cánticos latinos de los sacerdotes. El paisaje que rodea la ciudad es tan grave y melancólico como los pensamientos que inspiran los monumentos y el estudio de ella misma. Desde la cúspide de

la ciudadela de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, desciende la mirada sin obstáculo alguno sobre el escabroso y árido valle de Josafat, un poco á la derecha y en el fondo de esta torrentera, se divisan algunos raquíticos arbustos menos abrasados y amarillentos que el resto de la vegetación, porque refrescan sus tallos con el sobrante de las aguas de la fuente de Siloé que baña su pié; á su inmediación se eleva una negruzca muralla de rocas, cuyas concavidades que en otro tiempo daban asilo á los restos de los que sucumbían en la ciudad, albergan hoy á las familias mas miserables de la raza árabe. Siguiendo el declive de este valle y penetrando la vista por el espacio que guardan entre sí los elevados y cónicos picos de las montañas de san Sabas y Jericó, se descubre en el último término de un horizonte de ocho leguas, la mar, que pacífica y sosegada presenta en su extensión la imagen de una superficie cubierta de un metal obscuro recientemente derretido; su límite le determinan las cordilleras de la Arabia por donde Moisés no cruzó. Todo lo que constituye aquel paisaje es tristísimo, silencioso, nada tiene de ameno y variado: nada tiene que distraiga al viajero de sus meditaciones, solo perciben sus oídos el rumor que producen en la arena sus pasos, tampoco atraviesa por el azulado cielo la mas leve sombra ni la mas ligera nube empaña su claridad.

Las colosales aves de rapaña de la Judea con sus descarnados picos y poderosas y aceradas garras, se suspenden en los aires girando en torno de las cabezas de los que recorren aquellas extensiones, y solo de cuando en cuando hacen percibir la sombra de sus alas; á veces se divisa á lo lejos alguna figura pálida, que el viento ha cubierto de arena y que parece como petrificada en la roca que la sostiene, y á algun *schakals*, cuya asquerosa figura heriza los cabellos y que se desliza furtivo por entre aquellas asperezas interrumpiendo el silencio con lamentosos abullidos. A veces tambien, aunque son las menos, se encuentra sentada sobre un débil borriquito á alguna pobre muger arrullando á sus hijos entre

sus descarnados brazos, á algun pastor árabe guardando cabras al pié de las pedregosas colinas, ó á algun beduino de Jericó, que apareciendo á la vista como una vision en lo mas alto de las elevadas colinas, asemeja con su lanza en la mano al genio de la destruccion.

Tal es pues sucintamente la descripción de la ciudad, cuyo nombre pronuncian todas las generaciones, celebra la historia, cantan las poesias sagradas y figura en el rezo de todas las oraciones y en todos los idiomas del mundo; estas son las colinas de donde estraian los cruzados la arena con que cargaban sus navíos para estenderla en el suelo de las catedrales que construian en su patria. No es la importancia de los acontecimientos históricos, la fecundidad de su suelo, ni la hermosura de la naturaleza, lo que inclina la mirada del género humano hácia este punto del globo, sino la celebridad y notable circunstancia de que en aquellas colinas fué donde primero brilló la estrella en medio de las tinieblas del mundo antiguo; que en aquel suelo fué donde Cristo imprimió la huella de sus pasos, que en aquellos muros fué donde generoso ofreció su sangre á Dios en beneficio de la humanidad y donde exclamó: «Dichoso yo mil veces, que he conquistado y redimido al mundo.» Este fué el lugar de la gran victoria de la unidad de Dios sobre el politeísmo, de la fraternidad sobre la esclavitud, de la caridad sobre el egoísmo, fué en fin el sitio que presencié el celestial legado que hizo á las generaciones. De aquí nace la fama eterna de Jerusalem. Uno de sus mas pobres y oscuros hijos, cuyo nombre hasta era ignorado, aquel que á sí mismo se consideraba como el mas insignificante y humilde de los hombres, á aquel que exaló el último suspiro sufriendo con gozosa resignación los dolores del mas cruel é infame de los suplicios, á aquel que sacumbió clavado en una cruz, á aquel es al que debe su nombre, su gloria y su inmortalidad.

DE LAMARTINE.



Vista del monte de las Olivas tomada desde Jerusalem.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

RESIGNACION.

Hay en el Norte, cerca de la frontera belga, una poblacioncita obscura é ignorada, á la que los acontecimientos de la guerra han hecho rodear de altas fortificaciones, que parece oprimen sus mezquinas casas. Ni una sola de estas se levanta en la verde pradera que hay fuera de los muros, que ciñen á la pobre ciudad. Aumentándose la poblacion ha tenido que ir disminuyendo sus plazas, interceptando sus calles y sacrificando el espacio, la regularidad y el bien estar. Las casas, así aglomeradas unas sobre otras y ahogadas por las murallas del circuito ofrecen á quien las mira de lejos el aspecto de una prision.

Nunca se me olvidará la fria impresion de tristeza que experimenté al pasar los puentes levadizos que sirven de entrada. Me preguntaba con espanto, si habia seres que nacidos allí, debian tambien allí morir, sin conocer lo restante del mundo. Los habia en efecto con tal destino; pero la providencia que oculta su bondad hasta en las privaciones que impone, ha inspirado á los habitantes de aquella poblacion el amor al trabajo, y en la necesidad en que están de adquirir la comodidad que les falta, no tienen tiempo de mirar si el cielo está nublado y si no hay sol. Olvidan lo que no tienen: pero yo al entrar en aquella ciudad sombría y ahumada, me acordé de todos los dias de sol que habia visto en mi vida, de todas las horas que habia pasado en libertad con un cielo puro sobre mi cabeza y el espacio delante de mí. En aquel instante dí gracias á Dios, por lo que habia mirado hasta entonces como dones hechos á todos los hombres: la luz, el aire y el horizonte. Por diez y ocho meses habité en esta poblacion y ya iba tal vez á murmurar contra tan largo cautiverio, cuando he aquí lo que me sucedió.

Para llegar á una de las puertas de las fortificaciones, me era preciso cada dia á la hora del paseo, bajar por una callejuela semejante á una escalera, porque el piso estaba formado de escalones, para evitar el declive de la cuesta. Al atravesar aquella estrecha y obscura calle, mis pensamientos iban siempre delante de mis pasos y no pensaba mas que en el campo que iba á buscar; pero cierto dia mis ojos se fijaron por casualidad en una pobre casita, la única que parecia habitada. No tenia mas que piso bajo, con dos ventanas y entre ellas la puerta: todo debajo de las boardillas. Las paredes de la casa eran grises y los vidrios de las ventanas tan gruesos y verdosos, que trabajo le hubiera costado penetrar allí la claridad del sol, si sus rayos pudieran presentarse alguna vez en tan estrecha calle. Reinaba allí perpétua sombra y hacia siempre frio por caluroso que estubiese el dia en otras partes.

En el invierno, cuando la nieve se quedaba helada en los escalones de la calle, no se podía dar un paso sin riesgo de caer; por eso era un camino desierto que yo solo cruzaba una vez al dia. No me acuerdo de haber encontrado una persona; ni de haber visto un pájaro pararse siquiera un instante en los agujeros de

las tapias. Creo, dije para mí, que en tan triste casa solo vivirán personas que habiendo llegado casi al término de su vida, ni pueden entristecerse ni alegrarse, porque todo les es indiferente. Horroso seria el vivir ahí siendo jóven!

Vino la primavera y el hielo de la calle se cambió en humedad que luego dejó el terreno seco: despues algunas yerbecitas brotaron al pié de las paredes y se aclaró el pedazo de cielo que con trabajo se divisaba desde la calle. La primavera en fin, difundió algo de vida en aquel callejon obscuro; pero la casita permanecia siempre sin que se sintiese ruido ni movimiento.

Hacia el mes de junio iba segun mi costumbre á mi paseo de todos los dias, cuando vi (perdóneseme esta frase) cuando vi con profunda tristeza un ramillete de violetas, puesto en un vaso en el borde de una de las ventanas de la casa.

—Ah! exclamé yo, alguno que padece vive ahí.

Para tener afición á las flores, es preciso ser jóven ó haber conservado algunos recuerdos de la juventud: es preciso no estar tan ofuscado por la vida material, que se haya perdido la dulce facilidad de ejecutar las cosas sin reflexionar, acordarse y esperar al mismo tiempo. En el goce que proporciona el perfume de una flor, hay cierta delicadeza de alma: es un poco de idealismo y de poesia que se desliza en medio de las realidades de la vida. Cuando en una existencia pobre y laboriosa veo afición á las flores, conozco que allí hay lucha entre las necesidades de la vida y los instintos del alma. Me parece que entiendo y podría conversar con el que cultiva una pobre flor cerca de las paredes de su cabaña. Aquel ramillete de violetas me entristeció, porque me decía:

—Hay aqui alguna persona que vive echando de menos el sol, el aire y la felicidad: alguno que conoce todo lo que le falta: alguno tan escaso en materia de placeres, que yo constituyo uno de los goces de su vida, yo, pobre ramillete de violetas!

Al otro dia volví y se notaba ya en las flores que habia pasado un dia por ellas, estaban marchitas y sus pétalos descoloridos se encorvaban sobre ellos mismos; pero todavia conservaban un poco de perfume porque las habian cuidado. Al acercarme vi que la ventana estaba entreabierta y que un rayo, no diré de sol sino de claridad, penetraba dentro de la casa, trazando una faja luminosa en el piso del cuarto; pero á derecha é izquierda la obscuridad era tan profunda, que mis ojos nada pudieron distinguir.

Volví á pasar al siguiente dia, que era casi de verano: los pajaritos cantaban, los árboles se cubrian de hoja y mil insectos zumbaban en los aires. Todo brillaba á los rayos del sol y se notaba vida, casi alegría en todas partes.

Una de las ventanas de la casita estaba abierta de par en par: me acerqué y vi á una muger trabajando cerca la ventana, y su aspecto acrecentó la tristeza que ya me habia inspirado la casita. No hubiera podido decir la edad de aquella muger porque no era muy jóven, ni tampoco bonita, ó por mejor decir, ya no era bonita. Estaba pálida, enferma ó triste.... yo no podía conocerlo; pero lo cierto es que sus facciones eran suaves, que la falta de lozanía podria provenir de alguna pesadumbre, lo

mismo que del número de años, y que su palidez si no entristeciera el corazón, aun pudiera tener su atractivo á el lado del negro mate de sus cabellos. Estaba inclinada sobre su labor, sus manos eran blancas, aunque un poco huesosas y prolongadas. Tenia un vestido oscuro, un delantal negro, un cuellecito blanco liso, y el ramillete que habia florecido por dos dias en la ventana, estaba allí prendido en su corpiño, para que nada se perdiese de su último perfume.



Levantó los ojos y me saludó: entonces la vi mejor. Todavía era joven, pero se hallaba tan cerca del momento en que se deja de serlo, que daba pena esta despedida de la juventud. Evidentemente habia padecido mucho, pero sin lucha, sin quejas y casi sin lágrimas; porque habia en su semblante, silencio, tranquilidad y resignación. Me figuré que sin haber experimentado alguna fuerte conmoción, su alma á fuerza de languidez se habia ido estinguendo; á lo menos la mirada y actitud de aquella muger me lo revelaban así.

Todos los dias la encontraba en el mismo sitio. Al principio me saludaba, despues añadió una triste y suave sonrisa á su saludo. He aquí todo lo que pude entrever de la existencia de la muger, que veia sentada constantemente cerca de la ventana.

Los domingos no trabajaba y creí que en tales dias saldria, porque el lunes era cuando el ramillete de violetas estaba puesto en la ventana, marchitándose en los dias siguientes hasta que era reemplazado al fin de la semana. Me figuré aun, que era casi pobre y que trabajaba en secreto para vivir, porque mientras que ella gastaba los vestidos mas pobres, siempre eran ricos y hermosas muselinas en lo que estaba bordando. En fin, ella no estaba sola en aquella casa porque al pasar un dia, oi una voz imperiosa que gritó:—«Ursula» y ella se levantó precipitadamente. Aquella voz no era la de un amo, porque Ursula no habia obedecido como obedecia una criada. Habia habido un no sé qué de buena voluntad en la precipitación con que ella se levantó, y sin embargo la voz nada habia tenido de afectuosa. Pensé que Ursula tal vez no era amada de las personas con quienes vivia, y aun que la hacian sufrir malos tratamientos, al paso que ella en fuerza de su buen natural se habia adherido á ellos sin recibir nada en cambio. El tiempo pasaba y cada dia iba sabiendo un poquito mas de la existencia de la pobre Ursula, á pesar de que para adivinar sus secretos no tenia otro recurso que el de pasar una vez al dia por delante de su ventana.

Ya he dicho que se sonreia al mirarme; me ocurrió un dia durante el paseo, coger algunas florecillas, las que á la vuelta dejé con alguna timidez en la ventana de Ursula; ésta se ruborizó algun tanto y despues se sonrió mas dulcemente de lo que acostumbraba. Desde entonces todos los dias Ursula tuvo su ramillete, en el que con las flores de los campos mezclaba yo algunas de mi jardin. Así es que hubo flores en la ventana, flores en el cinturon de Ursula, reinando al fin la primavera en la casita gris.

Sucedió que al retirarme una tarde me sorprendió un aguacero de tempestad en medio de la estrecha callejuela. Ursula salió corriendo á la puerta de su casa, me cogió de la mano, me hizo entrar, y cuando íbamos por el corredor, que precede á la pieza en que ella trabajaba, me cogió las dos manos y me dijo con los ojos humedecidos por las lágrimas,

—Muchas gracias. Esta era la primera vez que nos hablabamos.

Entré en el aposento donde trabajaba Ursula, que era la mejor pieza de la casa; sin embargo las baldosas encarnadas helaban los pies, no habia mas asientos que unas sillas de paja, y dos mesas viejas adornaban los extremos de la pieza larga y estrecha, que no teniendo mas ventilación que la de la ventanita estaba obscura, fria y húmeda. La obscuridad no me dejó reparar al pronto en dos personas que habia en un ripcon de la pieza, colocadas en dos sillones un poco mas cómodos. Eran un anciano y una muger casi tan vieja como él: la muger estaba haciendo calceta tan lejos de la ventana, sin necesitar la luz, porque era ciega y el viejo nada hacia mas que mirar al frente; pero con miradas fijas y sin espresion. Ah! habia traspasado ya los límites ordinarios de la vida y su cuerpo solo existia: era imposible mirar á aquel anciano, sin comprender que se habia vuelto de la edad de los niños. No parece sino que al prolongarse la vida demasiado, el alma como irritada de su largo cautiverio procura desprenderse de su prision y con sus esfuerzos rompe los lazos que conservaban la armonia, alterando su mansion. Aun no ha partido; pero tampoco se halla donde debia estar!....

He aquí lo que ocultaba la casita gris, con su aislamiento, su silencio y su obscuridad: una muger ciega, un anciano imbécil, una pobre joven, marchita antes de tiempo, porque su juventud habia sido oprimida, agoviada por las chochees que la rodeaban y por las vestustas paredes que la tenian cautiva. Aun si el cielo hubiera hecho de Ursula una muger de escaso talento, una ama de gobierno, activa y entretenida con sus faenas domésticas, inquietada por mil pequenezes y hablando todo el dia sin decir nada en sustancia, todavia era mas llevadero; pero estaba olvidada en aquella casita una melancólica joven, pensadora, exaltada, adivinando la vida, sospechando sus placeres y hasta envidiando sus tristezas. Habia hecho de su alma un instrumento, cuyas cuerdas todas, hubieran podido producir un sonido delicioso, y las habia condenado á todas á un silencio eterno. Ella habia visto pasar dia por dia todos los de su juventud, llevándose su hermosura, sus esperanzas y su vida y sin dejarla mas que el silencio y el olvido!

Volví repetidas veces á ver á Ursula y he aquí poco mas ó menos conforme me contó su vida, sentados un dia junto á la ventana.

—He nacido en esta casa y nunca he salido de ella; pero mi familia no es de este pais: somos extranjeros sin relaciones y sin amigos. Mis padres ya eran de bastante edad cuando se casaron y no los he conocido jóvenes. Mi madre se quedó ciega, y esta desgracia entristeció de tal manera su carácter, que la austeridad empezó á reinar en casa. No solo nunca he cantado, sino que mi infancia fué tan silenciosa que me estaba prohibido el

ruido mas ligero. Nadie era feliz, y por lo mismo me hacian muy raras caricias; sin embargo, mis padres me amaban; pero como nunca me declaraban sus sentimientos, yo juzgaba su corazon por el mio, y amándolos creia que ellos me amaban tambien. Mi vida no ha sido siempre tan triste como ahora porque tenia una hermana....

Los ojos de Ursula se humedecieron con las lágrimas, pero estas lágrimas no corrieron, acostumbradas como estaban á permanecer ocultas en el fondo del corazon de la jóven que continuó asi:

—Tenia una hermana mayor un poco silenciosa como mi madre, pero complaciente y afectuosa como yo. Nos queriamos mucho y entre las dos repartíamos los cuidados que exigian nuestros padres. Jamas tuvimos el gusto de pasearnos juntas, allá abajo en el bosque ó en lo alto de la colina. Una de las dos se quedaba siempre en casa para cuidar á nuestro anciano padre; pero la que salia traia algunas florecillas cogidas al borde del camino y hablaba de árboles, de aire y de sol; de modo que la otra se figuraba que tambien habia paseado. Por la noche trabajábamos juntas cerca del velon, sin poder hablar, porque nuestros padres dormitaban cerca de nosotras, pero al menos cada una al levantar sus ojos se encontraba con una dulce sonrisa en el semblante de la otra. Subíamos despues á acostarnos en una misma pieza, sin dormiros hasta que una voz amiga repetia varias veces.—Buenas noches! duermes bien, hermanita! —Dios bien podia habernos dejado juntas, ¿no es verdad? pero yo no murmuro, porque Marta es feliz en la gloria.

Yo no sé si fué la falta de aire y de ejercicio ó la de felicidad la que desarrolló en Marta los primeros gérmenes de su enfermedad; pero lo cierto es que yo la vi debilitarse y padecer cada vez mas. Ah! yo sola me inquietaba por ella, porque mi madre no la veia y Marta nunca se quejaba. Mi padre empezaba ya á caer en esa insensibilidad en que le veis y solo al cabo de mucho tiempo pude decidir á mi hermana á que llamase al médico. Entonces ya no habia remedio, padeció un poco de tiempo mas y al cabo murió.

La víspera de su muerte, me hizo sentar junto á su lecho, tomó una de mis manos entre las suyas trémulas, y me dijo:

—Adios, mi pobre Ursula! No siento mas que á ti en este mundo; pero ten valor y cuida á nuestros padres que son buenos y nos aman, aunque no siempre nos lo digan. Cuida tu salud en obsequio suyo porque no puedes morirte antes que ellos. Adios, mi buena hermana, no llores mucho, ruega á Dios con frecuencia.... y hasta que nos veamos, Ursula.

Tres dias despues se llevaban de aqui á Marta tendida en su ataúd y yo me quedé sola al lado de mis padres. Cuando anuncié á mi madre ciega la muerte de mi hermana, lanzó un alarido, dió algunos pasos á la ventura por el aposento y cayó de rodillas. Me acerqué á ella y la volví á su sitio y desde entonces no ha vuelto á chillar ni hablar, aun mas silenciosa que antes, veo que las cuentas de su rosario pasan con mas frecuencia por entre sus dedos.

Ya casi nada tengo que contaros: mi padre pronto se quedó como le veis y ademas tuvimos un quebranto en los cortos bienes que constituian nuestro bienestar. Quise que mis padres no lo notasen ya que era tal facil engañarlos, puesto que el uno no entiende y el otro no vé, y me puse á trabajar, vendiendo en secreto mis bordados. No hablo con nadie desde que mi hermana murió y con mucha afición á la lectura no puedo leer porque es preciso estar trabajando. No salgo mas que los domingos, y como siempre voy sola no me alejo mucho.

Hace algunos años y cuando yo era mas jóven, he pensado muchas cosas, ahí en esa ventana mirando al

cielo. Poblaba mi soledad de mil quimeras que abreviaban la lentitud del dia, ahora parece que un cierto entorpecimiento ha embotado mis facultades. Mientras que aun era jóven y algo bonita, esperaba, así, á la casualidad, no sé que cambio en mi destino; pero ahora que tengo veinte y nueve años, la tristeza mas bien que ellos ha marchitado mi semblante. Ya todo está visto!... perdí mis esperanzas y aquí acabarán mis dias solitarios.

No creais que al instante me haya conformado con resignacion, á este amargo destino. No: dias hubo en que mi corazon se revelaba por envejecer sin amar. No ser amada, es cosa imposible; pero no amar, esto quita la vida! ¡Os lo confesaré!... he murmurado de la Providencia y me han pasado por la imaginacion culpables pensamientos de rebelion y de reconversiones; pero este tumulto interior pasó como mis esperanzas. Pienso en las dulces palabras de Marta «hasta que nos veamos hermana» y no me queda mas que una pasiva resignacion, una humilde abnegacion de mi misma. Rezo mucho y lloro muy de tarde en tarde.—Y vos, ¿vos sois feliz!

No respondí á la pregunta de Ursula; hablar de felicidad delante de ella, hubiera sido lo mismo que hablar de un amigo ingrato delante de aquellos á quienes ha olvidado.

Pocos meses despues y en una hermosa mañana de otoño, iba á salir de mi casa para ir á la de Ursula, cuando un jóven subteniente del regimiento que estaba de guarnicion en la plaza, vino á verme y hallándome dispuesto á salir me ofreció el brazo y se dirigió conmigo hacia la estrecha callejuela de Ursula. La casualidad me hizo hablar de ella y del interés que me inspiraba y como el jóven oficial, á quien llamaré Mauricio de Erval, parecia gustar de la conversacion, caminé mas despacio. Cuando llegamos á la casita gris, ya le habia contado toda la historia de Ursula. La miró con interés y compasion, saludó y se retiró. Ursula cortada por la presencia de un extraño cuando no esperaba ver mas que á mí, se puso algo colorada. No sé si fué por este instante de animacion de su rostro, ó si consistió en los deseos que yo tenia; pero lo cierto es que la pobre jóven me pareció casi bonita.

No sabia decir los vagos pensamientos que cruzaron por mi mente al contemplar á Ursula. Me levanté embebecido en mis reflexiones y sin hablarle una palabra, compuse con mis manos las trenzas de sus cabellos, de modo que bajasen mas sobre sus mejillas pálidas. Me quité el lazo de terciopelo negro que llevaba al rededor de mi cuello, para ponérselo en el suyo y prendí algunas flores en su cinturon. Ursula sin comprender se sonreía, y su sonrisa me hacia daño. No hay cosa tan triste como la sonrisa de los desgraciados, parece que se rien de nosotros y no de ellos mismos.

Muchos dias pasaron antes que volviese á ver á Mauricio, y muchos mas todavia antes de que volviese conmigo á la casita gris; pero esto al fin sucedió de vuelta de un paseo dado alegremente en compania de muchas personas, al dispersarse cada una en la entrada de la ciudad, yo cojí el brazo de Mauricio para ir á casa de Ursula. Era una imprudencia tal vez; pero experimentaba involuntariamente una viva emocion y no hablaba por ir entregado á mis proyectos. Me parecia imposible que el jóven oficial no adivinase mis intenciones y aun creia que notaba mi agitacion interior; pero tal vez nada de esto sucedia... Hay tantas cosas que solo se dicen de palabra.

Era el anochecer de uno de aquellos hermosos dias de otoño en que todo se halla en calma y reposo; ni un soplo de viento agitaba los árboles teñidos por los últimos rayos del sol poniente. Era imposible no abandonarse á una dulce meditacion á vista de aquella natura-

leza tan hermosa, que iba adormeciendo en aquella hora todo lo que tenía vida en su seno, fuera del hombre, que velaba para pensar. Era uno de aquellos momentos en que el alma se conmueve, en que nos hacemos mejores, en el que tenemos deseos de llorar, sin pena conocida.

Tendí la vista desde la entrada de la calle y vi á Ursula en su ventana. La última claridad del día que bajaba hasta su cabeza, comunicaba un lustre desusado á su pelo negro. Un poco de alegría brillaba en sus ojos al mirarme y se sonreía de aquella manera que tanto me interesaba. Su vestido negro de largos pliegues perdidos, no dejaba traslucir de todo su cuerpo mas que el sitio en que el cinturón marcaba el talle; pero este por la misma delgadez de la joven se presentaba esbelto y no desprovisto de gracia. Las violetas, sus flores favoritas, estaban prendidas en su corsé.

—Allí está Ursula! dije yo á Mauricio, llamando su atención hacia la ventana baja de la casita. El la miró y siguió con los ojos clavados en ella, lo que desencantó á la joven, tan tímida todavía como si tuviese quince años, y cuando llegamos junto á ella los mas vivos colores animaban su rostro. Mauricio se detuvo, habló un poquito con nosotros y se retiró en seguida; pero desde este día entró muchas veces en la ciudad por la callejuela de Ursula, llegó hasta saludarla algunas veces y al cabo entró una vez en su casa conmigo.

Hay almas tan desahuciadas de esperanza que no saben comprender el bien que les sucede. Rodeada por su tristeza y desaliento de todas las cosas, como de un denso velo que le ocultaba el mundo exterior, Ursula nada veía, nada comprendía y por nada se agitaba. Permaneció á vista de Mauricio, como solía estar en mi presencia, esto es, abatida y resignada. Tocante á Mauricio yo no sabía bien claramente lo que pasaba en su corazón; pero si no sentía el amor, me figuraba al menos que la piedad que le inspiraba Ursula, llegaba hasta el cariño y el entusiasmo. El alma de aquel joven un poco exaltado y melancólico, amaba la atmósfera de tristeza que reinaba al rededor de Ursula y venía junto á ella á decir mal de la vida, á renegar de sus felicidades y no hablar mas que de sus desengaños, sin advertir que en aquella comunicacion de tristeza, se exalaba de sus dos almas, jóvenes aun, una dulce simpatía casi parecida á la dicha cuya existencia negaban. En fin, pocos meses despues y por la tarde tambien, en el lindero de un bosque y paseando por terrenos incultos á pocos pasos de nuestros amigos, Mauricio me habló así:

—¿La felicidad mas positiva de este mundo, no consiste en causar la de los demas? ¿No hay un inmenso consuelo en el placer que se causa? ¿Consagrarse á quien sin este sacrificio no hubiera conocido mas que las penas de la vida, no es un bien preferible á los mas brillantes destinos? ¿Hacer revivir un alma que se estingue no es un bello sentimiento?

Yo le miraba con ansiedad y las lágrimas brillaban en mis ojos.

—Si: continuó, preguntad á Ursula si quiere ser mi esposa.

Dí un grito de alegría por toda respuesta y me precipité hacia la habitacion de la pobre joven. La encontré segun costumbre sentada, trabajando y soñolienta. La soledad, ausencia de todo ruido y falta de todo interés, habian realmente adormecido aquella alma, y esto era un favor del cielo, porque así no sufría. Solo los demas se apiadaban de aquella inmovilidad de existencia que no habia tenido su parte de vida y de juventud. Sonrió al escucharme, lo que constituia el mayor movimiento de aquel alma paralizada. No temí comunicar una violenta impresion á toda aquella organizacion paciente y perjudicarla con tan brusca conmocion de fe-

licidad: queria ver si la vida estaba solo ausente ó definitivamente apagada en ella. Me senté en una silla delante de ella, cogí sus dos manos entre las mías y fijando mis ojos en los suyos la dije:

—Ursula! Mauricio de Erval me ha encargado que os pregunte si quereis ser su esposa.

La pobre joven se quedó como herida del rayo: las lágrimas corrieron al instante de sus ojos, que brillaban sin embargo al través de aquel húmedo velo. Su sangre paralizada por tanto tiempo precipitó su curso, cubriendo sus mejillas de vivo carmin y toda su persona de un color sonrosado; su pecho se dilató para dar salida á su oprimida respiracion, su corazón palpitó con violencia y sus manos apretaron convulsivamente las mías. Ursula no estaba mas que dormida y entonces despertaba. Conforme la voz de Dios habia dicho á una joven muerta: «Levántate y anda! Así el amor decia á Ursula: despiértate!

Ursula amó súbitamente ó tal vez amaba ya en secreto para sí y para los demas; pero en aquel momento el velo se rasgaba y vió todo su amor. Al cabo de algunos segundos, se pasó la mano por la frente y dijo en voz baja.

—No, esto no es posible!

Yo no hice mas que repetir la misma frase.

—Mauricio pregunta si quereis ser su esposa.— A fin de acostumbrar á Ursula á aquella combinacion de palabras, que á la manera de notas armoniosas concertantes formaban para la pobre joven una desusada melodia.

—Su esposa! repetia ella con éxtasis, su esposa,



y luego precipitándose al sitio de su madre exclamó: «Madre mia, lo ois!..., ¡me pide por su esposa!

—Hija mia, respondió la anciana ciega, buscando á tientas la mano de Ursula, mi hija querida, Dios debía tarde ó temprano recompensar tus virtudes.

—Dios mio! exclamó Ursula, ¿qué es lo que hoy me sucede?... ¡Su esposa! ¡Su hija querida! y se hincó de rodillas, con las manos cruzadas y el rostro inundado de lágrimas. En aquel momento se sintieron pasos en el corredorcillo.

El es, gritó Ursula. Dios mio! añadió, poniéndose las manos sobre el corazón, he aquí la vida!

Me escapé por una puertecilla oculta, para que Ur-

sula bella con sus lágrimas, su emoción y su felicidad, recibiese sola á Mauricio de Erval.... desde este día hubo una transformación en Ursula, que se reanimó y rejuveneció bajo la dulce influencia de la felicidad. Recobró bien pronto aun mas que su perdida hermosura, porque habia en ella no sé qué reacción interior que daba á su rostro una indefinible expresión de alegría. Su felicidad participaba en ella de alguna cosa de su primitiva naturaleza, porque era escogida, plácida y silenciosa; pero exaltada con misterio. Así Mauricio que habia amado á una muger sentada á la sombra, pálida y desimpresionada de la vida, nada tenia que alterar en los colores del cuadro que le habia interesado, aunque Ursula fuese feliz.

Pasaron uno al lado del otro muchas noches en la salita del piso bajo, sin mas luz que la de la luna que entraba por la ventana abierta. Se hablaban un poco, se miraban mucho y meditaban á la vez. Ursula que amaba con sencillez y candor decia á Mauricio: «Soy feliz, os amo y os doy las gracias.»

Su dicha no buscó espacio ni publicidad y solo la casita gris fué testigo de ella. Ursula trabajaba siempre y permanecía á el lado de sus padres; pero si su cuerpo ocupaba inmóvil el mismo sitio que antes, su alma volaba libre, resucitada y radiosa por sueños de esperanza! aunque hayais de disiparos tan fugitivos como las nubes que huyen en el cielo, pasad, pasad por nuestra vida.... El que no os ha conocido es mil veces mas digno de lástima que el que lamenta vuestra pérdida.

Así pasó un tiempo bien feliz para Ursula; mas llegó un día en que Mauricio al entrar en la salita dijo á su futura.

—Querida mia, es preciso acelerar nuestro matrimonio; el regimiento vá á cambiar de guarnicion y es preciso que ya estemos casados para que partais conmigo.

—Vamos muy lejos, Mauricio?

—Que os asustais, amada Ursula, por ver un nuevo pais, otro parage del mundo? Los hay mas bonitos que este.

—No es por mí, Mauricio, sino por mis padres: son muy viejos para emprender un largo viage.

Mauricio se quedó inmóvil delante de Ursula. Aunque el denso velo que la felicidad pone ante los ojos hubiese impedido á Mauricio el reflexionar, no se le ocultaba que Ursula, para correr su suerte aventurera tendria que separarse de sus padres. Habia previsto su dolor, pero confiado en el amor que inspiraba, creía que este amor ardiente tendria poder para enjugar todas las lágrimas de que él no fuese origen. Era ya preciso informar á Ursula de su suerte, y aunque triste por la inevitable pesadumbre que iba á causarle, Mauricio la cogió de la mano, la hizo sentar en su sitio acostumbrado y la dijo con dulzura.

—Amiga mia, es imposible que vuestros padres puedan seguirnos en nuestras caminatas.... Hasta ahora Ursula, hemos amado y llorado juntos, hemos pasado una vida ideal, sin fijarnos en ninguna de las cuestiones que tienen relacion con sus detalles positivos y el momento ha llegado de ocuparnos de nuestro porvenir. Yo, querida mia, no tengo posibles, no poseo mas que mi espada. Aun al principio de mi carrera, mi paga no asciende mas que á una cantidad que nos impone á los dos una vida entera de privaciones. He contado con vuestro valor; pero vos sola debeis seguirme. La presencia de los padres en nuestra casa acarrearía una miseria inevitable, porque no tendríamos pan!

—Abandonar á mi padre y á mi madre! exclamó Ursula.

—Dejadlos con lo poco que poseen en su casita, confiadlos á manos seguras y vos seguid á vuestro marido.

—Abandonar á mis padres! repitió Ursula; ¿pero no sabeis que lo que tienen no les alcanza para vivir? ¿qué

trabajo sin que ellos lo sepan para pagar el alquiler de esta casa y que hace veinte años no tienen quien los cuide mas que yo?

—Mi pobre Ursula, replicó Mauricio, es preciso someterse á lo que es inevitable. Vos les habeis ocultado la pérdida de su caudal; pues que lo sepan ahora, ya que es necesario. Arreglad sus gastos conforme á lo poco que les queda, porque amiga mia, nada tenemos que darles.

—¡Partir sin que vayan con nosotros!... ¡es imposible! Os digo, que es preciso que yo trabaje para ellos.

—Ursula, Ursula mia, dijo Mauricio, estrechando entre sus manos las de la pobre jóven, por Dios os lo pido, que no os estraveis á impulso de vuestro generoso corazón, reflexionad y hacedos cargo de la verdad desnuda. No es que rehusamos el dar, es que no tenemos que dar. No podemos vivir mas que solos y aun eso porque ambos á dos tendremos valor para sufrir.

—No puedo abandonarlos! respondió Ursula con amargura, mirando á los dos viejos dormidos en sus poltronas.

—¿No me amais? Ursula? preguntó Mauricio á su novia, que le respondió con un torrente de lágrimas.

Mauricio permaneció mucho tiempo junto á ella. Con afectuosas palabras de ternura le explicó cien veces su posicion, convenciéndola de que lo que ella se habia forjado en su imaginacion era imposible, entró en pormenores acerca de la existencia futura de sus padres y despues se despidió prodigándola mil nombres cariñosos. Ella le habia dejado hablar sin contestarle una palabra. Despues que se vió sola, apoyó la cabeza en su mano y así pasó inmóvil las horas de la noche. ¿Qué es lo que pasó en el interior de la jóven? Dios solo lo sabe, porque ella á nadie se lo ha dicho en la tierra.

A la primera claridad del día, se estremeció, cerró la ventana que se habia quedado abierta desde la noche anterior, y pálida, temblando de frío y de emoción, cogió papel y escribió:

—Adios, Mauricio! Me quedo con mis padres, que necesitan mis desvelos y mi trabajo. Abandonarlos en su vejez, seria causarles la muerte.—No tienen en este mundo mas que á mí! —Mi hermana en su última hora me los ha confiado diciéndome: «Hasta que nos veamos, Ursula...» Yo no la volvería á ver si no cumpliese mis deberes.

¡Mucho os he amado y os amaré siempre! Mi vida no será mas que un continuo recuerdo vuestro. Habeis sido bueno y generoso; pero ah!... somos muy pobres para podernos casar. Hasta ayer no lo habia comprendido.... Adios!.. Mucho valor se necesita para escribir esta palabra. Espero que vuestra vida será feliz. Otra muger mas dichosa que yo os amará.... es tan fácil el amaros!—Sin embargo no olvideis del todo á la pobre Ursula.—Adios, querido mio!.... Ah! bien sabia yo que no podia ser feliz!

URSULA.

Compendiando esta narracion diré que Ursula volvió á ver á Mauricio y este me puso por intercesor: pero todas nuestras súplicas fueron inútiles y nunca quiso separarse de sus padres. «Es preciso que trabaje para ellos» decia: en vano teniendo egoismo en vez de ella, la hablé del amor de Mauricio y de la felicidad que podria conseguir... En vano con cierta especie de crueldad, la recordé su edad y la imposibilidad de hallar otra ocasion para cambiar de estado. Lloraba al escucharme humedeciendo con sus lágrimas la labor que no queria interrumpir y despues con la cabeza caída sobre el pecho repetia en voz baja: «Se morirían, es preciso que trabaje para ellos!... Exigió de nosotros que su madre no supiese lo que pasaba y fué preciso inventar un

pretexto para explicar á sus padres la causa de no verificarse el matrimonio de su hija, la que nunca supieron se sacrificaba por ellos... Ursula volvió á sentarse junto á la ventana, empezó sus bordados, trabajando sin cesar, inmóvil, pálida, quebrantada.

¡Ah! Mauricio de Erval tenía una de aquellas almas sábias y mesuradas que asignan límites hasta á el entusiasmo y no saben hacer sublimes locuras. Así su corazón como su entendimiento admitían cosas imposibles. Si el casamiento con Ursula no hubiera tenido obstáculo, tal vez hubiera podido hasta su último suspiro creer en el amor sin límites de su esposa; pero aquella fatal barrera vino como una fatídica prueba á patentizar al mismo Mauricio los límites de su amor. Mauricio suplicó por algún tiempo, después se desanimó y desapareció.

Llegó un día en el que estando Ursula sentada junto á su ventana, sintió pasar una banda de música militar y pasos firmes y á compás resonaron también en sus oídos. Era el rejimiento que se marchaba con la música á la cabeza. La estrepitosa sonata de desdicha, venía como un triste adiós, á resonar y extinguirse en la callejuela de Ursula. Se puso á escuchar temblando. La música á lo primero brillante y cercana se iba alejando y haciendo mas débil. Después ya no llegaba á sus oídos mas que como un rumor vago á lo lejos, entre el que sobresalía algún sonido aislado que el viento traía hasta ella, y por último, un profundo silencio sucedió á todos los canticos que se perdieron en el espacio. La última esperanza de la vida de Ursula parecía pendiente de aquellos sonidos que resonaban á lo lejos y... huía, se alejaba y se extinguía con ellos! La pobre joven dejó caer su labor sobre las rodillas y ocultando el rostro entre las manos, sus lágrimas se escapaban por entre los dedos. Así permaneció hasta que se perdió el último sonido de la música del regimiento, después volvió á continuar su tarea... por toda su vida.

La noche de este día de eterna separación, de este día en que fué consumado el gran sacrificio, Ursula después de haber prodigado á sus padres los últimos desvelos del día, se sentó á la cabecera de la cama de su madre y se inclinó hacia ella, mirándola con los ojos llenos de lágrimas que la ciega no podía ver. Cojió su mano suavemente y con voz conmovida la dijo:

—Madre mia! ¿me amais mucho, no es verdad? Mi presencia os alivia mucho y mis desvelos os son agradables? ¿Madre mia! ¿no es verdad que sentireis mucho el que me separe de vos?

La ciega se volvió hacia la pared diciendo:

—Por Dios, Ursula, estoy fatigada, déjame descansar!

Aquella palabra de ternura que habia ido á pedir como única recompensa de su incomparable sacrificio no fué pronunciada. La anciana ciega se durmió rechazando la mano que su hija le alargaba; pero entre las dos cortinas de sarga verde de la alcoba habia un crucifijo de madera ennegrecido por el tiempo. Ursula estendió hacia su Dios aquellas manos que ninguna persona amiga queria estrechar sobre la tierra y arrodillándose junto á la cama de la ciega, estuvo mucho tiempo en oración.

Desde entonces Ursula se quedó mas pálida, mas silenciosa é inmóvil que antes. Estas nuevas lágrimas se llevaron sus últimos restos de juventud y de hermosura. Se envejeció en pocos días y ya no podía agradar á nadie.—«Todo se acaba», es frase que ella habia pronunciado y por desgracia esta vez tenia razon, porque todo estaba concluido para ella.

No se oyó hablar mas de Mauricio de Erval. Ursula le habia agradado como un gracioso cuadro cuya melancolía habia conmovido su alma: alejándose, los colores del cuadro se rebajaron y se borraron. ¡Se olvidó

de ella! Oh! Dios mio! ¡cuántas cosas se olvidan en el mundo!

Un año después de estos sucesos, la madre de Ursula cayó enferma. Su mal no tenia cura, porque era la vida que se extinguía sin conmociones ni padecimientos. Ursula veló, rezó junto al lecho de su madre, después recibió su último suspiro con su última bendición.—Ahora te toca á tí Marta, exclamó, nuestra madre esta



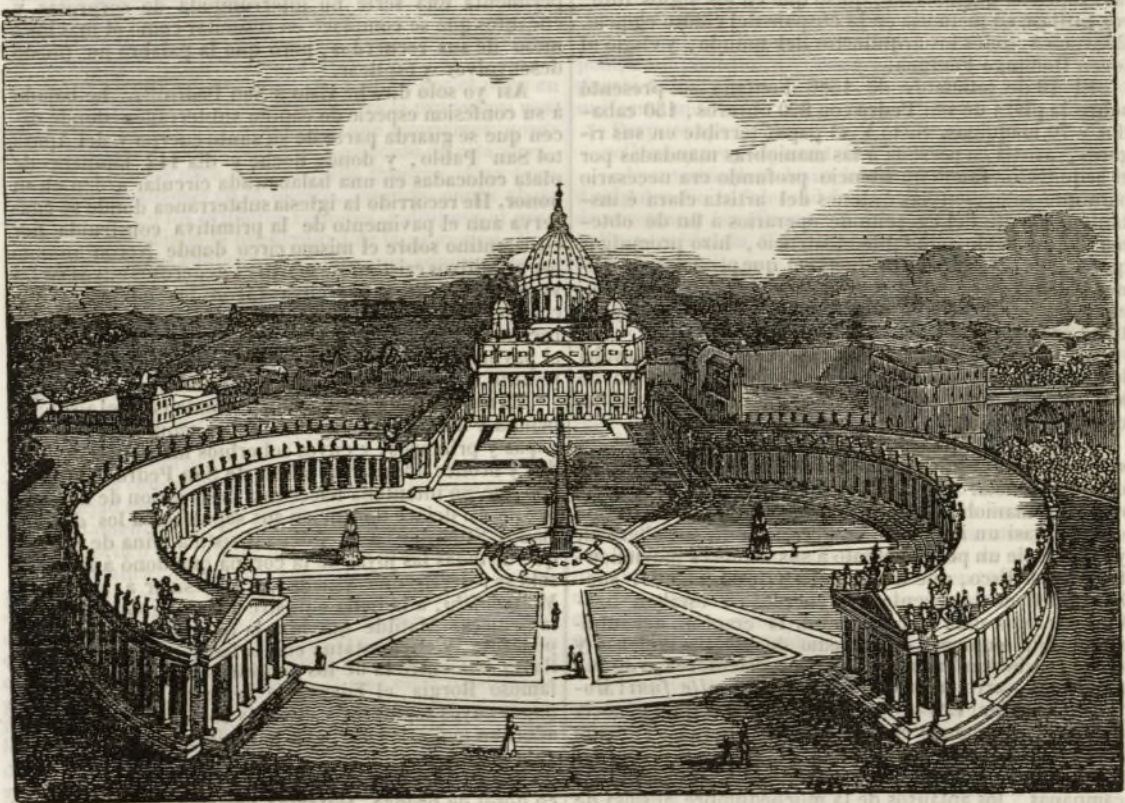
cerca de tí, guíala hacia Dios! después vino á arrodillarse junto al viejo que se quedaba solo. Le vistió de luto sin que él lo advirtiese al parecer; pero dos días después de la muerte de la pobre ciega, cuando quitaron el sitial en que habia estado sentada tantos años junto á su esposo anciano, este volviéndose hacia el sitio vacante, gritó: ¡Mi muger!—Ursula le habló y procuró distraerle; pero él repetía ¡mi muger! y dos lágrimas bajaron por sus mejillas. Por la noche le llevaron su cena; pero volviendo la cabeza y con los ojos fijos en el sitio vacío exclamó aun ¡Mi muger!

Ursula desesperada, ensayó todo lo que su dolor y su amor pudieron sugerirle... el viejo idiota continuó inclinado hacia el sitio donde estaba el sitial de su esposa y rehusando todo alimento, con las manos juntas, miraba á Ursula repitiendo como un niño que pide le den alguna cosa.—¡Mi muger!

Al cabo de un mes se moría, y en sus últimos instantes, cuando el sacerdote puesto á su lado para hacerle pensar en Dios, creyó haber reanimado por un momento aquella moribunda inteligencia, viendo que el viejo juntaba las manos y miraba al cielo, le oyó exclamar por última vez.—¡Mi muger! cual si la viese vagar en el aire por encima de su cabeza. Cuando sacaron de la casita el ataúd de su padre, Ursula dijo: ¡Dios mio! ¡habia merecido que me viviese por mas tiempo! y se quedó sola ¡para siempre.

Todo esto pasó hace ya muchos años. Me fué preciso salir de la poblacioncita y separarme de Ursula. He viajado; pero los mil acontecimientos de mi vida, no han borrado de mi memoria la historia de aquella pobre joven. Ursula como todas las almas quebrantadas que reusan consuelo se cansó de escribirme y después de vanos esfuerzos para inducirle á llorar de lejos conmigo he perdido sus relaciones. ¿Qué es de ella? ¿Existe aun? ¿Ha muerto? Ah! la pobre joven ha tenido siempre una suerte tan fatal, que me temo que viva todavia.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de la plaza de San Pedro en Roma.

LA SEMANA SANTA EN ROMA.

Voy á describir cuanto he visto y observado en compañía de mi sobrino don José Gaviria durante nuestra permanencia en Roma, hablando á los lectores del Museo de Familias de las funciones de la Semana Santa, que es la semana mas religiosa del año en aquella gran capital del mundo cristiano, y á lo que indistintamente llaman *Gran semana*, *semana de indulgencias* y *semana penal*. San Pedro es de todas las iglesias del mundo donde se celebran sus misterios con mas pompa y variedad. En estos dias santos se ven reunidos en Roma mas de 70.000 extranjeros de diversas religiones y cultos que vienen á presenciar tan imponentes ceremonias.

TOMO II

DOMINGO DE RAMOS,

20 DE MARZO DE 1842.

Nada hay mas hermoso que el llegar este dia al galope de dos caballos entre una multitud de seiscientos coches á la inmensa plaza que precede al templo de san Pedro, esa maravilla del mundo, apearse en la doble y gigantesca columnata que le circunda, al ruido de las dos fuentes colosales, cuyas aguas arrojadas á grande altura bajan convertidas en blanquísimo vapor. Allí se vé la magnífica fachada de la Basílica á que se sube por una porcion de escalones de piedra con espaciosos descansos, y cuyo peristilo guardan eternos centinelas, las estatuas ecuestres de Constantino y Carlomagno, ostentándose en medio de la inmensa plaza el obelisco de Helíopolis traído á Roma por Calígula y alzado allí mages-

tuosamente por Fontana en el pontificado de Sisto V. Empresa grande vanamente intentada por otros papas.

La columna pesaba 963,537 libras romanas y tiene mas de cien pies de altura. Nicolas V tuvo la ambicion de plantearla delante del vaticano, la muerte le sorprendió antes de realizar su proyecto. Mas tarde Miguel Angel fué invitado por Paulo III para verificarlo, y Miguel Angel, que no retrocedía delante de ningún prodigio del arte, Miguel Angel que habia construido la cúpula de san Pedro que parece suspendida en los aires, retrocedió ante este trabajo. En fin Sisto V el papa de las empresas gigantescas, quiso que en los siglos futuros brillase su memoria en la cúspide del coloso egipcio. Convocó á todos los arquitectos del mundo, y eligió al joven Domingo Fontana.

El 10 de setiembre de 1586 Fontana se presentó sobre la plaza de san Pedro con 800 obreros, 150 caballos y 70 máquinas. Sisto V el papa, terrible en sus rigores, asistía en persona á las maniobras mandadas por el arquitecto. Como un silencio profundo era necesario para que se oyese las órdenes del artista clara é instantáneamente del ejército de operarios á fin de obtener de un modo indudable el silencio, hizo promulgar que sería castigado con la muerte el que profiriese la menor palabra. El cadalso se hallaba levantado á un lado, el verdugo era tambien uno de los espectadores, el pontífice era inflexible!

La maniobra habia comenzado: el coloso se elevaba lenta y pausadamente de la tierra. Jamás en medio de tan inmensa multitud reinó tanto silencio. Todos sabían que la muerte estaba pendiente de sus cabezas.

El anciano papa echaba su mirada sombría y severa sobre las 66 máquinas, y sobre el pueblo que temblaba de impaciencia. Fontana de pié sobre el tablado, mandaba las maniobras con la ansiedad de un hombre que ejecuta casi un imposible en presencia de su soberano, y delante de un pueblo atento á sus menores movimientos. El obelisco, que lentamente se levantaba del suelo, se detiene de repente, las cuerdas no estaban bastante tirantes para poder concluir la erección del sublime granito, entonces de enmedio de aquella inmensa y muda muchedumbre alzóse una voz estentórea, vibrante, sonora, arrojando este grito: *Acqua alle funi! Mojad las cuerdas!* Era la voz de un marinero que conocía el efecto que produce el agua sobre las cuerdas. Fontana sigue el consejo del desconocido y el obelisco perpendicular, descansa al fin sobre su pedestal; y el cañon, las campanas, los aplausos de la muchedumbre ansiosa de romper el silencio, anuncian el feliz éxito. Fontana corre al trono de Sisto V para obtener la vida del desconocido que tan generosamente se habia ofrecido á la muerte por el interés de su obra á él como artífice, y por la gloria de Roma al Pontífice.

Apesar de su severidad Sisto V no solo perdonó al joven marino, sino que le ofreció concederle cuanto le pidiese. *Forma un deseo y lo verás cumplido.* Pudo haberle demandado ser capitán de las galeras pontificias, un palacio, riquezas; pero el marino no pensó en abandonar el mar que sus hijos aman como una patria, no pensó sino en su pobre familia establecida en san Remo, pequeña poblacion de Génova. Santo padre, le dijo, yo sé que las iglesias de Roma consumen el domingo de Ramos una multitud de palmas; mi padre posee en la costa de Génova un bosque de palmeras; pido por único favor que mi padre y todos sus descendientes gocen perpetuamente el privilegio esclusivo de vender las palmas á las iglesias de Roma para la solemnidad del domingo de Ramos.

La multitud se admiró de esta petición, Sisto V estrañó la modestia de su deseo, y concedió en el acto el privilegio. No era por cierto tan corta la ambicion del joven marino, algunos años mas tarde ya eran poderosos

los propietarios de las palmeras de san Remo. El beneficio que deja esta venta renovada todos los años es incalculable. Hasta hoy dura este privilegio, y todos los años los propietarios, ya millonarios, dirigen á Civitavecchia una flotilla cargada de palmas, de que se hace en Roma un consumo inmenso.

Atravesamos la magnífica plaza, miramos el soberbio obelisco, y pasando al suntuoso peristilo de san Pedro, levantamos la inmensa y pesada cortina que pende delante de la puerta del templo, encontrándonos de repente en el suelo de la nave sublime donde el alma esperimenta una serie no interrumpida de sorpresas y encantos que se complace en resucitar como el mas hermoso de sus recuerdos, pero que la palabra no puede desenvolver y esplicar.

Así yo solo diré he visto á San Pedro!!!... he bajado á su confesion especie de capilla subterránea donde dicen que se guarda parte de su santo cuerpo y del Apóstol San Pablo, y donde noche y dia 112 lámparas de plata colocadas en una balastrada circular arden en su honor. He recorrido la iglesia subterránea donde se conserva aun el pavimento de la primitiva construida por Constantino sobre el mismo circo donde Nerón inmoló los primitivos cristianos, mártires generosos cuyos cadáveres yacen allí, y por cuya razon los pontífices que cooperaron á la construcción de la iglesia de San Pedro recomendaron siempre á los arquitectos el dejar intacto el pavimento donde era el cementerio y sobre el que se levantó la mas célebre basilica del mundo.

En estos subterráneos, donde condensado el aire hace penosa y difícil la respiracion, estan sepultados diversos papas y príncipes, y cuyos soberbios mausoleos de piedra y bronce adornan la iglesia de San Pedro. Yo he dicho que no intentaba hacer una descripción de San Pedro, y así dejaré dormir en sus sepulcros á los desgraciados Stuardos, á la inicuá Cristina reina de Suecia, que de todas las joyas de la corona que donó á la iglesia solo se reservó una espada para asesinar á su amante Monaldeschi, á la bella é ilustre amiga de Gregorio VII la princesa Matilde que hizo la tiara tan amable como poderosa, y cuya estatua con la tiara en la mano y las llaves está entre la de los pontífices; á Alejandro VI, el famoso Borgia, el Tiberio de la tierra, y á tantos otros papas cuyos sepulcros y estatuas con cortas escepciones adornan mejor las naves de la basilica que honraron en vida el trono pontificio. No hablaré del altar mayor alzado sobre la confesion de San Pedro, bajo un magnífico dosel de bronce, sostenido por cuatro columnas del mismo metal arrancado del panteon de Agripa, obra admirable de Bernini, ejecutada por orden de Urbano VIII en 1633; cuyo dosel costó solo su dorado 60,000 francos (240,000) rs. y 100,000 escudos de oro su hechura, siendo su altura de 124 palmos. El altarestá vuelto al oriente, segun la costumbre de la primitiva iglesia, y solo celebra en él el Pontífice.

Alzamos la vista á la inmensa y prodigiosa cúpula cuyo remate apenas se percibe desde el suelo, cuyas pinturas todas son de riquísimo mosaico y en donde en el entablamento interior donde comienza esta única y singular cúpula está escrito al rededor en letras de siete pies de altura; *tu es Petrus et super hanc Petram edificabo ecclesiam meam et dabo tibi claves regni Coelorum.* Desde el pavimento de la iglesia subterránea al final de la cúpula hay 435 pies de altura!!!

Contemplamos la tribuna que contiene la silla de San Pedro adornada por los planos de Miguel Angel. Allí sobre un altar de hermosos mármoles al que se sube por dos graderías de pórfido, cuatro colosales figuras de bronce dorado obra del inmortal Bernini, representando cuatro doctores de la iglesia, dos de la latina y dos de la griega, sostienen una gran silla tambien de bronce dorado, en cuyo interior está, dicen, encerrada la

que sirvió á San Pedro.—En este inmenso edificio todo es mármol, lapiz-lazuli, pórvido, bronce, marfil; la piedra apenas aparece mas que para completar la decoración de este gran templo cuyo centro parece vacío casi cuando solo contiene tres ó cuatro mil espectadores. Las ceremonias religiosas que se celebran en él en las grandes solemnidades participan de un brillo poético, triunfal, sobrehumano, donde las nubes de incienso, los cánticos de celestial música, el esplendor y riqueza de las vestiduras sacerdotales revelan la naturaleza de Dios y del hombre. La iglesia de San Pedro es á la vez la obra maestra del catolicismo y del arte, un templo y un museo. Costó su construcción al tiempo dos siglos, al pontificado ocho papas y al tesoro de todos los fieles mas de ochocientos millones de reales.

La bendición de las palmas se verifica por el papa en la capilla Sixtina, y despues comienza la procesion: nosotros no asistimos a este acto porque queriamos gozar del magnifico y sorprendente espectáculo de esta al entrar en la iglesia para ir á la capilla Paulina. Una hora haria que estábamos en la iglesia, cuando oímos abajo hácia el pórtico los primeros rumores, y despues el gran ruido que anunciaba la proximidad de la procesion. Viene esta procesion cantando palabras que aunque hemos oído muchísimas veces, allí en San Pedro parecen tener otro sentido y significacion.

«Abrios, abrios, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria.»

Asi cantaban los sacerdotes detenidos sobre el umbral de la iglesia; respondianles los de adentro:

«¿Quién es este rey de la gloria?»

Replicaban las voces de afuera.

«El señor fuerte y poderoso, el Dios terrible, invencible en los combates. Abrios, abrios, ó puertas eternas, y dejad entrar al rey de la gloria.»

Ciertamente que es bello y sublime este diálogo bajo el pórtico del primer templo del mundo.

Las palabras de *puertas eternas y de rey de gloria* producen un efecto mágico en esta mansion, que parece edificada para toda la eternidad, y llena solo la gloria del Altísimo; pero la emocion que produce ese religioso cántico, se aumenta considerando que en todo el mundo católico se verifica igual diálogo, y que estas palabras de *puertas eternas y rey de gloria*, que resuenan delante de la primera basilica del mundo, resuenan á igual hora delante del humilde pórtico de la modesta Iglesia de las mas pobres aldeas, en donde son tan verdaderas y tan magnificas como en Roma.

Entra despues la procesion cantando el himno que refiere el triunfo de Jesus en Jerusalem.

«Los niños de los hebreos iban delante del Señor con ramas de olivo clamando: Hosanna, salud y gloria en lo mas alto de los cielos!»

En tanto que resonaban estos cánticos en las inmensas bóvedas del templo, veíase venir por medio de su gran nave por entre una calle de regimientos escalonados, la brillantísima procesion donde están representadas todas las gerarquias del mundo católico y todos los títulos de la corte pontificia. Escuderos, procuradores, generales, capellanes secretos, abogados consistoriales, camarlangos, abreviadores, los auditores de la Rota, los generales de todas las órdenes religiosas, el cuerpo diplomático lleno de brillantes condecoraciones, los cardenales diáconos, presbíteros y obispos con los ornamentos de su correspondiente orden, blancos, bordados riquísimamente de oro, llevando en la mano una mitra blanca lisa, los oficiales de la guardia suiza vestidos á la antigua con espada de dos manos, los conservadores, el senado Romano, el Gobernador de Roma y los dos primeros maestros de ceremonia delante de la silla del Pontífice, llevando las hermosas vestiduras que la Iglesia recibió de los primitivos pueblos, y cuya forma recuer-

da la patria de Licurgo y de Zoroástris y la de los magos de Suza y Ebactane.

Llevado por doce escuderos vestidos de encarnado que se llaman bussolanti sobre una especie de andas donde está colocada la silla, y bajo un magnífico palio que sostienen ocho Obispos, el padre supremo de los fieles domina toda la procesion, y enseña su venerable cabeza que inclina al peso de la tierra con sus triples coronas y á la que aparentan dar sombra dos ricos abanicos de pluma, figurando los ojos de una cola de pavo real que llevan al lado de su silla con una larga vara dorada dos sacerdotes. Detras marcha el decano de la Rota, los obispos existentes en Roma, el tesorero, el mayordomo mayor, los protonotarios de honor y cierran tan magnífica pompa los guardias de Corps y la guardia noble, compuesta toda de brillante juventud y con el mas elegante uniforme militar.

Despues cantaron:

«Cum appropinquaret dominus Jerosolimam etc...»

«Aproximándose Jesus á Jerusalem, envió dos de sus discípulos diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros y en ella encontrareis una asna atada, desatadla y traédmela. Si alguno os dijere algo decidle que el señor la necesita.»

Los discípulos fueron é hicieron lo que Jesus les habia mandado, trajeron la *borrica* y poniendo sobre ella sus vestidos, Jesus se sentó en ella. Gran multitud del pueblo tendia sus vestidos en el camino, otros cortaban ramas de arboles y las echaban por donde habia de pasar y todos los que iban delante, como los que le seguian gritaban diciendo *Hosanna*, bendito sea el que viene en nombre del señor!»

En cualquiera parte es admirable este cántico que pinta la entrada del Rey de Israel en la ciudad de Sion. Modesto triunfo en que el vencedor entra sentado sobre una pollina, en medio de una multitud que arroja palmas por donde pasa; profundo milagro que de esta pompa indigente ha hecho una pompa eterna en todo el universo, renovada anualmente hace diez y ocho siglos; pero esta admiracion es mayor en Roma, testigo de tantas orgullosas ocasiones y soberbios triunfos cuyo ruido aturdió un dia al mundo.

Nosotros que dias antes habiamos recorrido la *vía sagrada* y los alrededores del capitolio, pensábamos en los triunfos de la antigua Roma, sobre el mismo terreno donde habian desplegado todas las fantasmagorias de la gloria humana: habiamos recordado especialmente el triunfo de Paulo Emilio que refiere Plutarco y que duró su marcha solo tres dias enteros.

De todos aquellos triunfos que deslumbraron el universo apenas queda hoy un reflejo incierto, un eco dispuesto á perderse si algun lector curioso no revuelve para enterarse de ellos las empolvadas páginas de algun antiguo libro comeroado en las bibliotecas. La humilde pompa del Dios de Israel, la modesta é indigente ovacion ha crecido de siglo en siglo y llena hoy la antigua Roma de su fausto y magestad. Diríase que estos cardenales, estos patriarcas de tan diversas regiones, que estos augustos sacerdotes de encanecidos cabellos que van marchando pausadamente con una palma en la mano, representaban los siglos de la iglesia que victoriosos se adelantan caminando á la eternidad.

La misa duró cincuenta y cinco minutos. La pasion, este dramático poema de San Mateo, es cantado por tres músicos sacerdotes que representan el uno el historiador, el otro el pueblo y el tercero Jesus. Están revestidos de Alba y estola de Diáconos.—Antes de comenzar se postran á los pies del Papa, y besan su pie.—Despues y mientras que alternativamente cantan los últimos dolores y padecimientos del Hijo del hombre, todos los asistentes y el Papa mismo permanecen de pie, con las palmas bendecidas en la mano. Que hermoso espectácu-

lo es este inmenso bosque de palmas que cubren las cabezas de la multitud religiosa! En algunos momentos las voces del coro se levantan para unirse á la del músico que representa el pueblo hebreo.

Cuando los oíamos repetir aquellas palabras del sagrado testo.

Crucifícale! crucifícale! y que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, pensábamos en el arco de Tito por donde habíamos pasado días antes, y el que habíamos visto recuerdo de la gran matanza de la raza judía, de la toma y destrucción de Jerusalem, y de la dispersion eterna de su pueblo. El arco de Tito es uno de los monumentos mas bien conservados de la antigua Roma, y los descendientes del pueblo hebreo han conservado de siglo en siglo tal horror y aversion á este monumento que no pasan jamás cerca de él, sin volver la vista á otro punto.

La relacion de la agonía del Dios martir nos inspiró tambien otras reflexiones. Nos preguntábamos á nosotros mismos qué era Roma, á la época en que la víctima del calvario moría por la salvacion del mundo, y pensábamos en aquel conjunto de crímenes y desgracias de que la capital del mundo, la metrópoli del imperio sometida á Tiberio, era teatro en el año 33 de la nueva era, y exclamábamos con Chateaubriand: ¡¡qué dos mundos tan estrañamente diversos había á la vez: Jesucristo sobre la cruz, Tiberio en Caprea!!!

Sin embargo, en la hora misma que semejantes observaciones ocurren al pensamiento, la multitud inmensa que acude al templo de San Pedro, presenta un cuadro de escándalo contra el que han clamado muchos escritores. En vano al ver tanta concurrencia y de gentes de diverso culto espera uno alguna confusion, es escandaloso, indecente, el modo con que se asiste á los mas graves misterios en el templo mas santo, y delante de la asamblea mas augusta del mundo.

A los dos lados del altar se colocan inmensas graderías, que ocupan las señoras. Hay otras galerías ocupadas por las familias de príncipes y personajes residentes ó de paso en Roma, y los embajadores con todos sus agregados; y el resto del templo, es decir, la parte que la ceremonia deja desocupado, es donde se coloca el pueblo y demas espectadores menos favorecidos. En todas las graderías y tribunas se observa la misma falta de orden. En una parte damas menos atentas á las ceremonias que á los brillantes uniformes de sus vecinos; de otra grupos de poderosos funcionarios vestidos con todo el lujo de sus condecoraciones y segun el gusto de las naciones que representan, hablando de sus negocios. Allí un tropel que se estrecha y da de codazos y ríe, y habla en todos los idiomas del globo. Mientras un luterano ó calvinista lanza un epigrama contra los cardenales, un frances dirige un requiebro á una bella italiana, dos españoles hablan y ponderan las procesiones de la semana santa de Sevilla, unos suizos se citan para ir á beber terminada la funcion. Jamás á espectáculo profano, á teatro alguno, se ha asistido con menos compostura.

Varios escritores han tronado con toda su cólera sobre este abuso, nosotros lo observamos y en medio del tumulto de la muchedumbre, cerrando los ojos á las bellezas de San Pedro, remontándonos con el pensamiento á los días de la primitiva iglesia, cuando la congregacion de los cristianos celebraba los santos misterios en lugares subterráneos, nos decíamos á nosotros mismos: porqué el Pontífice no bajará á las catacumbas? Porqué no irá con todo su clero á ocultarse de la vista de los nuevos perseguidores á las cavernas de San Sebastian? Allí al menos el nuevo Marcelino no se vería rodeado sino de sus fieles, y el sacrificio augusto tendria por solos testigos las sombras silenciosas de los martires y de las vírgenes.



Vista Interior de la Iglesia de San Pedro en Roma.

MIÉRCOLES SANTO.

23 DE MARZO DE 1842

A las cuatro de la tarde fuimos á las tinieblas que se cantan en la capilla Sixtina. Esta magnífica capilla se llama así, del nombre de su fundador Sisto IV y adquirió una eterna fama en tiempo de Paulo III por el fresco en que Miguel Angel pintó el juicio final.

Imponente es el momento en que uno se encuentra por primera vez en presencia de esta obra colosal del arte. Allí contempla uno estremecido la sombría pared sobre la que el genio del mas severo de los artistas, trazó con mano maestra la escena mas terrible y formidable que puede presentarse á la imaginacion del hombre.

Allí se admira el poder del artista, que superior á las fuerzas humanas, ha luchado contra las invencibles dificultades que ofrecia arrojar sobre una pared inmensa la pintura mas terrible que concibió jamás el genio del pintor. Cuando la vista, reposando del efecto que produce el conjunto del cuadro, estudia los detalles de la composicion, se encuentra en ella un carácter que jamás presentó pintura alguna, un carácter de inspiracion furiosa, de improvisacion ardiente, que parecen el resultado de una concepcion fenómeno. Diríase al ver este cuadro, que un gigante de los primeros dias del mundo, un artista ante-diluviano pasó un dia por esta capilla, y bosquejó esta vision apocalíptica, esta escena de terror en cuatro grandes pinceladas, en un cuarto de hora de inspiracion.

El cuadro inmenso de Miguel Angel lleva un marcado carácter de precipitacion, ó por decirlo así, de improvisacion.

Encargado de las obras artísticas de todo un siglo, de todo un pais en los tres ramos de pintura, escultura y arquitectura, Miguel Angel no podia emplear en la confeccion de ese fresco las condiciones ordinarias de una pintura hecha con descanso. Así es que se deja notar la impaciencia del pintor, muchas de las figuras del último término son solo bocetos, y para distraerse y escitarse á concluir su obra, recurrió el pintor á su fantasía. El fresco de la capilla Sixtina es mitad obra de arte, mitad caricatura. Dios, la Virgen, los ángeles, los santos, los demonios, el barquero Caron, el paraíso, el infierno, grupos de figuras grotescas y obscenas, hombres que hacen gestos y contorsiones espantosas, un cardenal precipitado en las llamas en medio de diablos y serpientes, son retratos de críticos envidiosos, de quienes Miguel Angel se vengó con su pincel, como el Dante se habia vengado de los suyos con la pluma. Miguel Angel comenzó un gran cuadro, y firmó un libelo.

Cuéntase que quejándose de Miguel Angel el cardenal allí retratado á Paulo III, porque le habian colocado entre los condenados y pintado con tal exactitud que todos le reconocieron á primera vista, Paulo III, que era grande amigo del artista, no queriendo mandar quitar el retrato de aquel, y echar un gran borron sobre esta grande obra maestra, le contestó: que si al menos Miguel Angel le hubiese colocado en el purgatorio, le sacaría de él, pero que al infierno sabia no llegaba su potestad, y que *nulla erat redemptio*. El retrato del cardenal existe, y era el del mayordomo del pontífice, y el motivo de tan cruel venganza cuentan fue la mezquindad con que aquel regateaba al grande artista el precio de sus excelentes obras. Para cubrir algunas figuras de chocante desnudez, encargó despues Paulo IV á Daniel Volterre, distribuyese en el inmenso fresco con el mayor cuidado una gran cantidad de hojas de parra.

En la bóveda de la capilla Sixtina colocó Miguel An-

gel Buonarotti los profetas, y las Sibilas que parecen atestiguar la verdad de su terrible pintura.

Teste David cum sybilla.

Es una lástima que esta capilla, á que tanto concurren en las funciones de semana santa los estrangeros, solo pueda recibir en su recinto de quinientas á seiscientas personas; es preciso pues, ó procurarse recomendacion para entrar antes de que se abra la capilla al público, ó resignarse á aguardar una ó dos horas para tomar puesto en la sala ducal, ó en el peristilo del vaticano. Es preciso ir vestido de toda etiqueta, y los suizos alabarderos son inflexibles con las levitas. De cuatro á cinco de la tarde van llegando los cardenales con capas moradas, el papa entra el último, con capa encarnada y mitra de sarga del mismo color, cuyas borlas y bandas sostienen dos obispos asistentes al solio pontificio, en el que despues de una ligera oracion se sienta. Los cantores entonan la antifona *zelus domus tuæ* etc., y el verso de los maitines, sobre un tono rápido y uniforme. No hay en la capilla del pontífice instrumental alguno. Despues el papa se levanta, descubre su cabeza y dice el *pater noster*. Profundamente se siente uno conmovido en el momento en que el jefe del catolicismo, el representante de Dios, el angusto anciano á quien el mundo llama santísimo padre, levanta su voz para dar el mismo este nombre de *padre* á aquel de quien es imagen y cabeza visible entre los hombres. En seguida se cantan las lamentaciones. Entonces reina un profundísimo silencio, y se ejecutan con estremecimiento aquellos cánticos de desolacion, compuestos por el mas triste de los profetas, y que un grande artista, Gregorio Alegri, ha revestido de toda la melancolia de su alma.

La composicion de estos cánticos que se recitan á cuatro voces se llama acróstica, por que las letras iniciales de cada estrofa siguen el orden del alfabeto hebreo, aleph beth: ghimel; pero como en la traduccion latina no se podia conservar el mismo orden, ha querido la iglesia que cada versículo vaya precedido de la letra hebrea con que comenzaba en el testo original. El canto de estas letras pertenecientes á una lengua primitiva produce en todas partes un efecto maravilloso; pero en donde la ilusion es completa, es en la capilla Sixtina, cuya bóveda está toda poblada de las imágenes de aquellos ancianos hebreos animados por el pincel de Miguel Angel.

Persuádese uno, en medio del silencio de la concurrencia, que aquellos acentos de dolor proferidos en un lenguaje misterioso salen de la boca misma de los profetas de Buonarotti. Parece que Isaías y Jeremías, saliendo de su tumba, vuelan sobre la multitud muda congregada en la capilla, y que despues de tantos siglos de silencio, vuelven á alzar su voz para repetir al mundo sus afflictivos poemas, en que tan terriblemente anuncian la destruccion y ruina de Sion.

«¡Oh! ¿cómo esta ciudad, antes tan populosa, se halla tan desierta y triste?

«¿Cómo la reina de las naciones, la que los pueblos venian desde muy lejos á admirar, se asemeja á una ciudad desolada?

«¿Cómo la soberana de tantas provincias es hoy tributaria de los estrangeros?

«No cesa de llorar toda la noche, y su continuo llanto, y sus lágrimas han surcado sus pálidas mejillas....

«Las calles de Sion lloran su soledad, nadie acude ya á las solemnidades del templo. Su suelo está desierto, rotas sus puertas, consternados de dolor los sacerdotes.

«Oh! cómo la ciudad antes tan populosa se halla al presente tan desierta y triste?»

Imposible es cuando se oyen en Roma estas palabras de luto sobre la antigua capital de Judea, no echar una mirada á la ciudad donde uno se halla, sobre Roma que

también fué tan horriblemente destruida por los ejércitos victoriosos.

Mientras la voz de Jeremías cantaba la ruina de Jerusalén, recorría yo en mi mente los sucesivos desastres de la nueva Jerusalén. ¡Cuán frecuentes son estos recuerdos de infortunio en la historia de la ciudad-reinal! El mundo no olvidará jamás el nombre de los poderosos conquistadores que llevaron tantas veces el hierro y el fuego á su sagrado recinto. El primero el feroz Alarico á la cabeza de sus godos, cerca estrechamente la ciudad de las siete colinas, y aguarda á que la hambre y la peste hayan destruido la mitad de sus defensores para pactar con ella. Presentáanse embajadores, exige de ellos todo el oro, toda la plata que la ciudad contiene.—Rey, le dicen los enviados del pueblo, ¿qué nos quedará?—La vida, respondió el bárbaro, sin pensar que Roma no contiene mas que cadáveres. Se aleja por algún tiempo, pero es para volver muy pronto mas inexorable que nunca.—Un monge corre á su encuentro á implorar el perdón de la ciudad.—No, responde el brutal conquistador; no puedo detenerme, siento dentro de mí un poder irresistible que me arrastra, que me impele á arruinar esta ciudad.

Por tercera vez en fin, se presenta el mismo Alarico; el hambre es aun segunda vez su auxiliar, y la ciudad que había sometido el mundo, dice San Gerónimo, pereció de hambre antes que por la espada. Apenas hallaron en ella algunos descarnados espectros los vencedores á quienes imponer su pesado yugo.

Después de Alarico rey de los godos, preséntase Atila rey de los hunos. Atila que se proclama á sí mismo el azote de Dios! La toma de Milan exalta su orgullo, anima la ambición de sus soldados; pero un decreto del altísimo suspende su devastadora carrera. Detiénese inquieto en su tienda. El santo pontífice Leon, viene á implorar su clemencia.—No sé porqué, dice, me han conmovido las palabras de este anciano, y se retira.

Plaza á otro conquistador! plaza á Genserico rey de los vándalos, que cuarenta y seis años después que Alarico viene á incendiar y destruir cuanto entonces perdonó el furor de los godos!

La metrópoli del imperio, no está rodeada sino de un tropel de godos, alanos herulos, que componen los ejércitos del estado á sueldo de los emperadores. Un hombre se alza en medio de estas hordas indisciplinadas, un hombre de desconocido origen, Odoacro, soldado audaz entra victorioso en la ciudad de los Césares, abole sobre el mismo palatino el título de emperador y hace revivir el nombre de rey en la ciudad de Rómulo. Trono mal asegurado! Teoderico á la cabeza de sus ostrogodos entra también en Roma, y lleva á hierro y fuego y sangre el recinto tantas veces ya destruido.

Totila, llamado rey de los ostrogodos, viene á su vez á sitiar las murallas de la ciudad sagrada.—En vano el emperador Justiniano y el heróico Belisario corren á defenderla. Totila abre una brecha, precipita por ella torrentes de soldados en la ciudad. Saquea, degüella, incendia y comete tantos estragos, que hacen olvidar las anteriores invasiones, y no se retira de Roma sino después de haber espulsado de la ciudad á todos sus habitantes, y convertido la capital del universo en una inmensa y espantosa soledad.

Así se fueron sucediendo los destructores de Roma, ministros de la venganza del eterno. Otros los seguirán aun.—Carlos V y el condestable de Borbon que renovarán en el asalto y saqueo de Roma los horrores de Alarico y de Totila, y añadirán al estrago la profanación y la burla (1); viéndose aun hoy las profundas cicatrices

que dejaron en la ciudad y en los mas magníficos templos. Los exarcas de Rávena la humillaron, las familias rivales de la edad media se batieron en sus murallas y se lanzaron mutuamente á la cabeza destrozados capiteles, obras maestras rotas y mutiladas; hasta en nuestros mismos días otro Breno mandó con sus victoriosas huestes la ciudad eterna, derribó el trono pontificio, y reemplazó con las águilas rapaces á la misteriosa paloma, que al fin tornó á anidar en el Vaticano y Quirinal huyendo aquellas á fijar su mansión en la roca abrasadora de santa Elena. Desgraciada Roma! envidioso el destino parece querer hacerte espiar con un continuado diezmo de sangre y de ruinas tus orgullosos recuerdos de triunfo y conquistas!!!

Apenas había terminado esta triste revista de desastres y calamidades, un coro colocado en la tribuna, entonó el *miserere*, este famoso cántico de Alegri que goza tanta reputación en el mundo filarmónico, reputación justamente merecida.—Jamás el génio del dolor inventó un signo mas melancólico y lamentoso. Elevanse al principio algunas voces sordas que parecen formular apenas una angustia confusa y sin objeto; despues se desarrolla y el murmullo se convierte en sollozo, y el sollozo se trasmuta despues en fuerte clamor, presentando una no interrumpida sucesión, siempre creciente de lastimeras notas que se aglomeran, y precipitan. Al principiarse son los sordos gemidos de un tempestuoso lago, luego se oyen las lamentaciones inmensas de un océano agitado por los vientos: al principio es la voz de un alma aislada refiriendo á sus hermanos su misteriosa pena, luego es el concierto de la humanidad entera repitiendo los remordimientos de lo pasado, y anunciando los temores del porvenir.

Semejante música no es digna de resonar sino delante del juicio final de Miguel Angel. No es dado describir el efecto que produce en el alma delante del fresco apocalíptico. Parece que esta pintura es el lienzo que cubre un gran misterio, y que esta música es la sinfonia del último día, y que al perderse el eco de la última nota, desaparecerá el fresco como el telon de un teatro para dejarnos ver la vision del mundo venidero!!

A medida que los cantores acaban de suspirar las últimas notas del *miserere* apagadas las luces todas excepto las seis hachas colocadas sobre la verja que divide el recinto de la capilla, y cuya llama hacia temblar el aire que entraba por las ventanas entornadas, á esta vacilante claridad, los ojos distinguían apenas vagamente el colegio de cardenales, que postrados todos en tierra tocaban el suelo con sus encanecidos cabellos, ó sus calvas frentes. En la bóveda las figuras de los ángeles y de los bíblicos ancianos, parecían que tomaban cuerpo al reflejo de estas luces opacas, indecisas, misteriosas. Confundiase entonces la ficción con la realidad, y dudaba uno si los ancianos tendidos sobre el mármol eran seres de este mundo, y si los fantasmas de la bóveda eran vivientes suspendidos en el aire sobre la cabeza de los fieles, en las sombras del crepúsculo y entre nubes de incienso. Al terminarse las tinieblas salimos de la capilla Sixtina, fuimos á dar un paseo y al atravesar el *Forum* lleno de templos antiguos arruinados, columnas, pórticos desgastados, repetíamos involuntariamente y en voz baja, las palabras que habíamos oído una hora antes.

Oh! como esta ciudad en otro tiempo tan populosa, está hoy tan triste y solitaria!!!

JUEVES SANTO.

24 DE MARZO DE 1842.

En medio de la tristeza de la semana santa, semana de penitencia y de luto el jueves santo es como un dorado rayo que brilla al través de oscuras nubes.

(1) Carlos V, hacia celebrar rogativas en sus dominios para la libertad del papa Clemente VII, preso por las tropas españolas en el castillo de Santo-Angelo.

En este día el cardenal Justiniani celebró la misa. El altar y la cruz estaban cubiertos con un velo blanco; los cirios encendidos eran del mismo color.

Los oficios se celebran en la capilla Sixtina. El papa asiste con mitra de moaré de oro, capa blanca cerrada por el *formale* que representa un espíritu santo en relieve guarnecido de brillante pedrería.

Antes de la elevación, doce escuderos vestidos de encarnado salen de la sacristía, con hachas y se colocan de rodillas, seis á cada lado del altar.

Cuando el cardenal celebrante se lava las manos, un gentil-hombre del papa le hecha el agua.

Se consagran este día como en todas las iglesias dos hostias. El celebrante consume la una, y se reserva la otra para el día siguiente en un caliz consagrado á este efecto, que el diácono cubre con la patena; el caliz es de cristal de roca, rodeado de esmalte, está adornado con los doce apóstoles cincelados en vermeil, y dos cercos de perlas le guarnecen: en medio de la patena se halla representada la figura del salvador rodeado de rayos.

Después de la elevación, dos maestros de ceremonias distribuyen las velas á los que deben de asistir á la procesion. Concluida la misa, el celebrante se retira á la sacristía y no sale ya ni aun para la procesion. Los cardenales que están sentados en unos bancos elevados en la capilla Sixtina, tiene cada uno á sus pies sentado en el suelo un sacerdote que se llama *Caudatorio*, por que su principal cargo se reduce á sostener la cola del manto de estos, y en la parte de fuera de la capilla tienen igualmente un gentil-hombre cada uno, el que los lleva los ornamentos que se revisten en el mismo asiento, recogiendo el manto; lo que produce alguna confusion, pues entran á la vez cincuenta cargados con las vestiduras. Los patriarcas, los arzobispos, obispos y abades mitrados se presentan vestidos con capas blancas. Al pater noster los auditores de la rota, los clérigos de cámara, los votantes de la signatura y los abreviadores salen inmediatamente de la capilla Sixtina, y se colocan á lo largo de la escalera que conduce á la basilica. La procesion sigue el mismo orden que la del domingo de ramos.

En el momento en que la cruz, cubierta de un velo blanco, pasa de la balastrada que divide la capilla, los coristas entonan el himno *pange lingua*. Los cardenales se adelantan de dos en dos pausadamente llevando en la mano un cirio, y en la otra la mitra blanca, en la que colocan el solideo encarnado por respeto á la santa eucaristía, que el soberano pontífice lleva á pie y con la cabeza descubierta, hasta la capilla Paulina, bajo un pálido magnífico cuyas varas llevan ocho obispos con las mitras en las manos. Quinientos sesenta y siete grandes candelabros iluminan la magnífica capilla, en la que al momento que entra el papa canta el coro la estrofa *verbum caro*. Al llegar al altar, el primer cardenal diácono monseñor Rivarola, doblando la rodilla, tomó el caliz de manos del papa, y acompañado de dos escuderos con hachas, subió á colocarlo á lo alto del magnífico monumento construido por los dibujos de Bernin. La hostia se encierra en una caja que lleva el nombre de sepulcro.

Esta caja abierta unos cuantos minutos antes, queda espuesta á la adoración de la concurrencia; el papa, á quien el decano de los cardenales presbíteros, monseñor Oppicioni, arzobispo de Bolonia, presenta el incensario, se pone de rodillas en las gradas del monumento, é incensa al santísimo sacramento: en seguida se cierra el sepulcro, entregándose su llave al cardenal gran penitenciario que debe oficiar el viernes santo. — Con el mismo orden, y sin mas diferencia que la de subir el papa á la silla gestoria, en la que es llevado en hombros de 12 *bousolanti* pasa la procesion á la tribuna de la bendición que es el balcón del centro de la fachada de San Pedro llamada

asi porque desde allí el pontífice bendice á la ciudad de al mundo *urbi et orbi*. Ocho prelados refrendarios cubren al papa con su magnífico palio distinto del que sirvió para conducir la Eucaristía. Llegado á la tribuna, que se halla colgada de damasco encarnado, y sobre la que flota un inmenso pabellon, dá el pontífice su triple bendición entre el estruendo de los cañones del castillo de Santo Angelo, el ruido de las campanas y las músicas militares de los regimientos y escuadrones formados en batalla en la inmensa plaza del Vaticano, llena toda de millares de personas que doblan la rodilla silenciosos al presentarse el papa en el balcón, ceremonia interesante de grande efecto y que describiremos al hablar del domingo de Pascua, que es el día de mas festividad en Roma.

Procédese en seguida á el laboratorio ó *mandato*. El papa llevado sobre su silla, pasa á una sala ricamente adornada, y que decora especialmente un magnífico tapiz representando la cena, de Leonardo de Vinci.

El trono del papa está debajo de un gran dosel; dos taburetes hay reservados fuera de las gradas para los dos cardenales asistentes. Una multitud de criados traen palancanas, flores, jarras de plata, y tohallas y se sitúan en un lugar inmediato al trono. El papa baja de su trono, dos cardenales le ciñen en la cintura un delantal de batista primorosamente rizado y guarnecido de encaje; y sube al tablado donde están los trece apóstoles.

Estos apóstoles son sacerdotes ó diáconos, y están vestidos de una sotana de lana blanca, con un gorro en forma de capuchon; tienen descalzo y enteramente desnudo el pié derecho. El papa de rodillas lava el pié de cada apóstol en una gran palancana de vermeil, lo enjuga con el delantal y lo besa. Acto continuo, de un barreño de plata que lleva uno de los camareros con trece ramos de flores, toma el papa uno, y lo dá al apóstol. El tesorero que va detras del pontífice vestido con capa, lleva una bolsa de terciopelo carmesí y distribuye á cada uno dos medallas, una de oro y otra de plata. Terminado el laboratorio, Gregorio XVI se lavó las manos y el príncipe de Gravina, como uno de los mas ilustres seglares de la concurrencia, le sirvió el agua en una palancana de oro, manteniéndose de pié delante de él con la tohalla al hombro.

Esta ceremonia es muy bella, desplegándose un lujo oriental; y encanta el efecto que produce. Es inmensa la concurrencia, se entra con billetes concedidos por favor y hay galerías al rededor de la sala, para colocar á las damas romanas y extranjeras que se presentan con el mayor lujo y riqueza, y no son el menor adorno de tan bello cuadro.

Los trece apóstoles pasan después á uno de los salones del Vaticano donde se les sirve una suntuosa comida. El papa fué tambien, y antes de que los convidados se sentasen á la mesa bendijo el festin. En seguida poniéndose un delantal distribuyó á los apóstoles diversos platos que muchos prelados le iban presentando de rodillas. El papa mismo echó de beber á los convidados. Un capellán secreto de su santidad leía en un libro piadoso durante la comida, pero esto apenas se percibía por el rumor de la concurrencia. Al salir del banquete los apóstoles guardan para sí los cubiertos de plata que les han servido y toda la vagilla, la que es de loza alemana como regalo que se les hace. Concíbese que semejante honor y semejante privilegio son muy apetecidos. Los embajadores de Francia, de Austria, de España, de Portugal, el cardenal secretario de Estado, el cardenal Camarlengo, el mayordomo mayor, el capitán de los suizos, tienen derecho de nombrar cada uno un apóstol. Nombra otros dos el cardenal prefecto de la propaganda, y últimamente otros dos de entre los armenios el cardenal protector de esta nacion.

Todo el mundo se conmovia al ver en el lavatorio

y de rodillas, y en la mesa sirviendo un anciano augusto y venerable á jóvenes sacerdotes muy tranquilamente sentados en magníficos sillones. Entre ellos habia un sacerdote etiope de la propaganda, y formaban gran contraste sus crespos cabellos, color de ébano y aplastada nariz con lo blanco de su vestido.

Otro banquete mucho mas espléndido se sirve este día en el Vaticano á los cardenales. Siéntanse á la mesa con *mozzetta* morada; el condestable de Colonna y el príncipe de Gravina tienen el honor de ser admitidos en la misma mesa, pero en asientos mas bajos como príncipes asistentes al sòlio pontificio y gefes de los varones romanos. La mesa está adornada de magníficas fuentes de plata y oro en donde están representados en relieve diversos paisajes de la Santa Escritura.

Los maestros de cámara y los escuderos están de pié cerca de la mesa, y sirven á sus amos. El papa no asiste á este banquete, pues es de rigurosa etiqueta el que coma siempre solo.

Finalizada la comida, los cardenales vuelven á tomar sus capas moradas que son las que gastan toda la cuaresma, y pasan á la capilla Sixtina en donde como el día anterior se cantan los maitines.

En la basílica de San Pedro hay constantemente todo el día diversos penitenciaros de todas las naciones sentados en sus confesonarios sobre los que hay escrito la nacion á que pertenecen. *Pro lingua Italica, pro lingua Hispanica, Ylirica Anglica*; es decir para la lengua italiana, española, ilírica, inglesa, y todas las demas del orbe cristiano. Estos penitenciaros que tienen todas las facultades delegadas por el papa, tienen cada uno una larga caña á imitacion de la de los pescadores con la que tocando ligeramente en la cabeza á los penitentes les aplican la indulgencia. En la tarde del jueves santo el cardenal gran penitenciario acompañado de todos los prelados, entra por la gran puerta en la basílica del Vaticano, vá á orar delante del Santo Sepulcro y pasa desde allí á su tribunal donde toca con su vara á todos los que se presentan delante de él para obtener el perdón de sus pecados. Preciso es verlo para formar una idea de como las gerarquías de todas clases, las edades, los sexos se atropellan y confunden bajo las bóvedas del gran templo, apresurándose con una especie de fanatismo, mugeres del pueblo y duquesas, pastores y príncipes para que los toque con su larga caña el gran penitenciario.

Los mismos maitines que se cantan en la capilla Sixtina, se cantan tambien con grande aparato en una de las capillas laterales de San Pedro. Las lamentaciones y el miserere no ceden en lo esquisito de la música al de la capilla Sixtina.

Otra ceremonia muy bella se verifica tambien en San Pedro la tarde del jueves santo, y que concurren á ver muchos extranjeros, el lavatorio del grande altar. Hay preparados para este objeto siete grandes vasos de plata, *anforas* llenas de vino, siete tohallas de lienzo y siete esponjas. Doce canónigos de la basílica vienen de seis en seis, unos despues de otros, á lavar los lados y la base del altar. Durante este tiempo enseñan á la multitud las reliquias de la verdadera cruz, el lienzo de la Santa Verónica y la lanza sagrada con que fué atravesado el costado de Cristo, cuyos preciosos objetos se guardan en cuatro tribunas situadas en los cuatro ángulos de los pilares que sostienen la grande cúpula. Despues de la manifestacion de estas santas reliquias se retira el elero, y el grande altar permanece desnudo y descubierto hasta el día siguiente por la mañana.

En otro tiempo en la noche del jueves santo se suspendia delante del altar mayor y en frente de su grande é inmenso dosel la *cruc de fuego*, llamada así por ser una gigantesca cruz de metal dorado iluminada con trescientas cuarenta candelas, cuya cruz despedia sus res-

plandores á toda la iglesia, y hasta el extremo de la gran plaza. En 1824 Leon XII hizo cesar este espectáculo á causa de las grandes irreverencias que se cometian, convirtiéndose la iglesia en un paseo y punto de cita donde iban las gentes á hablar de sus negocios ó de sus placeres.

El jueves santo por la tarde así como el sábado santo y domingo de pascua, hay gran concurso en la iglesia de la Trinidad de los Peregrinos. Una piadosa y generosa institucion hace que todo el año los viajeros reciban gratuitamente en este convento y hospicio, por tres dias, posada y alimento. Pero durante estos dias santos esta hospitalidad toma un carácter de grandeza y magnificencia que no se conoció en la antigüedad. Los peregrinos en numero de tres mil sentados en largas y estrechas mesas colocadas en los inmensos claustros ó galerías de la Trinidad son allí servidos por los obispos prelados y personajes de la nobleza romana. Al considerar el contraste de tan ilustre opulencia sirviendo tantas obscuras miserias, recordábamos los pasados tiempos de la fé católica, cuando la caridad iluminaba la tierra, cuando los grandes y poderosos del mundo empleaban sus tesoros en levantar por todas partes esos magníficos hospicios y fundaciones donde hallasen asilo los ancianos y huérfanos errantes, asilos que hoy están abiertos, que pertenecen á todas las naciones, y que en Roma, nunca carecen de pobladores.

Este día es el del gran luto de iglesia, el de la fiesta de la muerte del hijo del hombre, fiesta siempre triste, y estrecha de la ciudad entera y el duelo de sus altares, el silencio de la ciudad entera y el duelo de sus moradores. Aunque fúnebre la pompa que se celebraba este día, no atraía menos concurrencia de estrangeros á la capilla Sixtina que la solemne y brillantísima del día anterior. *Affretiamosi, signor mio*.

Despachémonos, señor, nos decía uno de los eapellanes de San Pedro, que hacia el favor de acompañarnos al atravesar con paso lento la bella columnata de la plaza de San Pedro para dirijirnos á la capilla sixtina. *Gli inglesi aurranno tutto occupato*; Los ingleses se habrán apoderado ya de todos los puestos, continuó acelerando siempre el paso. De todos los estrangeros que visitan la ciudad de Roma, los ingleses son sin disputa los que con mas apresuramiento y constancia asisten á las interesantes ceremonias del culto católico. Por despreciadores que se muestren al *papismo*, como ellos llaman á la religion católica-romana, su corazon educado en un culto árido y frio, saborea por primer vez emociones desconocidas, delante de las imponentes ceremonias de un rito celebrado con pompa y magnificencia superior al de los reyes. ¿Qué significan, pues, todas esas grandes declamaciones contra el culto, y el apelar á una religion especulativa reducida á teoremas geométricos? ¿No es el culto natural al hombre? ¿Cómo esplicar sino esa invencible inclinacion de todos los pueblos á un culto pomposo y magnífico? Los pueblos mas civilizados, los mas instruidos se distinguieron siempre por el brillo de la poesia de su culto. Los egipcios, los babilonios, los griegos, los antiguos romanos, los mismos indios desplegaron la mayor suntuosidad, el mayor fausto en sus ceremonias religiosas. El lujo en el culto es el language natural á todos los hombres para entenderse con su Dios. Llegamos á la sala real y nos confundimos entre una multitud de gentes de todas las naciones, monges, guardias de corps, grandes señores, prelados, suizos, ingleses, franceses, italianos, españoles, alemanes; todo estaba allí revuelto; los mas impacientes á abrirse paso á fuerza de empujones y codazos, y llegaban hasta los guardias suizos armados como los caballeros de la edad media, que están delante de la puerta de la capilla para preguntarles en mal italiano cuando se abrirían las puertas para comenzar la *sagra funzione*, estos cuervos im-

pacientes eran ingleses. Abriéronse al fin las puertas; precipitose como un torrente hácia un abismo la multitud impetuosa.—*Piano! piano! gli uni dopo gli altri!* Poco á poco, unos despues de otros, gritaban en vano los guardias suizos, atravesando en las puertas sus alabardas y espadas de dos manos.—Entramos en la capilla arrastrados por la onda popular. Los músicos ocupaban su tribuna, algunos príncipes estrangeros, entre ellos la reina viuda de Cerdeña, y D. Miguel ex-rey de Portugal ocupaban lo reservado á las personas reales, los guardias de corps estaban en sus puestos y cada cual ocupaba su sitio en la capilla absolutamente llena, desde nuestras imperceptibles personas entre la turba de espectadores hasta el primer cardenal obispo.—El colegio de cardenales estaba vestido con mantos morados, y los *caudatarios* sentados á sus pies.

El altar despojado enteramente solo contenia la cruz cubierta de un velo negro entre seis velas de cera amarilla apagadas. Apareció al fin el Pontífice no con la tiara como en el dia anterior, porque era la fiesta de la muerte de Jesus, y todo ornamento sentaria mal sobre la cabeza de aquel que representa sobre la tierra al hijo del hombre por quien la iglesia estaba vestida de duelo y cubierta de dolor. Llevaba una mitra blanca, lisa sin adorno ni bordado alguno, y una capa negra. El Pontífice se colocó en su trono del que se habia hecho desaparecer todo adorno.—Los cardenales fueron uno á uno á prestarle la obediencia cuya ceremonia consiste en besar su sandalia.—En los oficios, lo mas notable despues del canto de la pasion de san Juan en los mismos términos que la de san Mateo del Domingo, es la adoracion de la cruz, por el Papa y los cardenales. Esta ceremonia es tan solemnemente lúgubre é interesante, que es imposible hacer comprender las emociones que se experimentan al ver al gefe supremo de la cristiandad acompañado de todos los príncipes de la iglesia, descalzados los pies, postrarse y adorar el madero santo, signo de la redencion del género humano.—La procesion para retirar la Santa Eucaristia del monumento, es en todo igual á la del Jueves santo.

En este dia los capuchinos, los recoletos y los jesuitas, predicán la pasion en diversas calles y plazas de Roma. Un capuchino, levantando sobre su cabeza una cruz de madera con un Cristo, y precedido de un muchacho tocando una carraca, atraviesa por los mercados, y á este ruido vulgar, y á la vista del signo santo del cristianismo, á esta aparicion fortuita del frayle mendicante, toda la multitud del pueblo se descubre su cabeza, calla repentinamente como en otro tiempo para oír un decreto del Senado, abre paso al muchacho, y sigue al religioso de calva frente, barba erizada, pies descalzos y vestido de un tosco y grosero sayal. ¿Dónde va este hombre con este acompañamiento que abandona el mercado, y que se aumenta á medida que transita por las calles? Va á predicar al *Coliseo*. El pueblo romano no seguia con tanto ardor á su palacio al cónsul Cicerón, que despues de haber ordenado la muerte de Cége y demas cómplices de Catilina, vino á decir al pueblo en el mismo foro, hoy mercado: *VIVIERON! VIXERUNT!* Monosílabo que salvó la patria.

El Coliseo permanece en pie sobre sus propias ruinas, presentando enteramente intactos sus cuatro pisos de arquitectura, coronando la triple bóveda de sus galerías. Atleta gigante victorioso, aunque mutilado en la lucha del tiempo, de los hombres y de los elementos, testigo inmortal de la Roma de Júpiter y de Cristo. El circo Flavio, *coliseum*, por la parte que mira al monte Esquilino, conserva toda su altura de 157 pies, su circunferencia exterior es de 1,650 pies, y la interior ó la de arena es de 285 pies de largo sobre 182 de ancho.

Vespasiano, vencedor de los judios edificó este coloso, haciendo trabajar en él á 12,000 israelitas cautivos. Tito,

que acabó de exterminar esta nacion, terminó este monumento dedicándolo al pueblo romano con juegos solemnes que duraron cien dias, presentando en el anfiteatro 5,000 leones, tigres y elefantes, á los que hizo combatir con 3,000 gladiadores, que mezclaron su sangre alegremente con la de los monstruos de Africa para divertir al César y á su pueblo. Diocleciano presentó despues á los cristianos esponiéndolos á las fieras, y la sangre de los mártires corrió á torrentes en el Coliseo.

Cada dia de matanza este emperador era allí aplaudido por 200,000 espectadores, y entre ellos estaban las Vestales! Por muchos siglos fué teatro de los sangrientos placeres del pueblo romano. En la edad media y durante las guerras fué fortaleza; en el siglo XVI los franceses y los Berberini, sobrinos de los papas, para edificar sus magníficos palacios, acabaron la destruccion de la parte meridional del coliseo, que durante mil años fué entregado á la devastacion, habiéndose construido con sus materiales muchos de los palacios mas magníficos de Roma. Clemente X y Benito XIV consagraron el coliseo y protegieron sus ruinas contra la codicia de los grandes, fundando al rededor del *podium*, catorce pequeños altares ó estaciones de la pasion, en medio de los cuales y en el centro de la arena se levanta una cruz de madera pintada de verde.

Sobre una de las gradas del anfiteatro se colocó el capuchino, y predicó largo rato á las turbas que le seguian. Apenas habia concluido, vino otro religioso tambien con su cruz de madera y luego las procesiones de penitentes blancos, negros y grises, cubiertos desde el cabello al pie y sin mas que unos agujeros para poder ver en el largo antifaz pendiente de un enorme cucuruchó que llevan en la cabeza. Visitaron las estaciones y predicaron tambien. Tanto el capuchino como los demas daban grandes gritos, á que correspondia con la mayor agitacion la muchedumbre aclamando perdon! misericordia! Infeliz del que allí hubiese intentado perturbar esta escena de agitacion religiosa. El terrible monosílabo de Cicerón, hubiera resonado bien pronto en el coliseo como en el foro. Hubiera vívido!

Uno de los lugares mas concurridos en la tarde de este dia es la *Scala Santa*, situada á una estremidad de la plaza de San Juan de Letran.

Debajo de un hermoso pórtico obra de Fontana construido por Sixto V se encierra entre dos escaleras que están en la misma línea una tercera colocada en medio de estas y que fué trasportada de Jerusalem. Es la escalera del palacio de Pilatos que Jesucristo subió y bajó diversas veces. Esta es la *Scala Santa*. La tradicion de su trasportacion á Roma es indudable; ignórase la época.

Tiene 28 escalones de mármol blanco revestidos de planchas de bronce, ya desgastadas por el continuo roce de la multitud que diariamente los sube de rodillas, único modo con que es permitido llegar á ellos. Al final de esta escalera hay una gran plataforma, adonde van á dar tambien las dos escaleras laterales que sirven para bajar los que subieron de rodillas por la *Scala Santa*, ó para subir los que no quieren practicar esta piadosa devocion en la del centro.

Sixto V, que en cinco años de pontificado hizo tantas cosas grandes, trasportó sobre esta plataforma, desde el palacio de Letran la capilla de S. Lorenzo que era la capilla doméstica de los papas. Se ve sobre su fachada un riquísimo mosaico del siglo VIII. La capilla encierra la imagen mas antigua y venerada que se conoce de Jesucristo de altura de seis pies. Este oratorio no está como las demas iglesias de Roma abierto á la piedad ó curiosidad de los fieles y de los viajeros: es el santuario de un lugar mas santo aun y mas misterioso, construido detras de la capilla tapiado, que nadie ha visto, temible sin duda, á la manera de aquellos criptos sagrados é in-

penetrables de las antiguas religiones, y por esta razón por una denominación bíblica se llama *Sancta Sanctorum*, lo que sin duda quiere decir que la entrada de este tabernáculo secreto sería vedada aun á los mismos santos. Es tal el terror religioso que inspira este arcano aun hoy día, que con trabajo se hallaría en Roma un anticuario cuyo fanatismo arqueológico fuese bastante fuerte para osar penetrar en él si hubiese una brecha practicable en su pared.

La *Scala Santa*, aun fuera de los días de la semana de penitencia, se halla muy concurrida siempre, y á todas las horas véñese todos los días multitud de hombres y mugeres subiendo penosamente de rodillas sus escalones, habiendo desgastado los escalones de bronce, que en su centro tienen una grande abertura que deja ver y contemplar los sagrados escalones que guardan. Este es el monumento mas sagrado y completo de la Roma cristiana.

SABADO SANTO.

26 DE MARZO DE 1842.

Este día de fiesta y de alegría que sucede á la desolacion del viernes-Deicida y anuncia las brillantes pompas del domingo victorioso, exige un desarrollo incompatible con los estrechos límites del folletín de un periódico al que destinamos estos ligeros apuntes.—Todo lo que se hace, todo lo que se canta en el mundo católico y principalmente en Roma el día del sábado santo está revestido de gran poesía.—Asunto digno de un poema, y del que nosotros nos vemos precisados á escribir un ligero análisis.

Los oficios divinos se celebran este día como los anteriores por la corte del papa en la capilla Sixtina, pero la gran funcion es en la Basílica de San Juan de Letran, y á ella concurre la inmensa multitud de espectadores.

Al llegar á la famosa plaza de San Juan de Letran, el mas grande obelisco que salió jamás de las canteras de Egipto, de 143 pies de altura, se presentó á nuestros ojos. Es el mas antiguo monumento del mundo. Su antigüedad es de cerca de 2600 años. Contemporáneo, segun cuentan, de la guerra de Troya. El bárbaro Camisibis, especie de Mahoma persiano, que no respetó ni los reyes ni los dioses de Egipto, estendiendo su bárbara proscripción á los palacios y á los templos, y tambien sobre los obeliscos, admirado de la belleza del gran monolito de Tebas, lo perdonó dejándolo en pie reinar sobre las ruinas de la ciudad de cien puertas. El emperador Constantino lo hizo bajar por el Nilo á Alejandria, y su hijo Constancio lo trasladó á Roma, y lo colocó en medio del circo Máximo, donde cuatrocientos mil espectadores se sentaban á su sombra. Los bárbaros, en una de sus invasiones, derribaron el obelisco gigante, y lo quebraron en tres pedazos. Estos trozos gigantesos permanecieron profundamente sepultados entre las ruinas del circo, hasta que en el pontificado de Sisto V, el célebre Fontana los desenterró y colocó delante la de basílica de Constantino que lo habia arrebatado á las ruinas de Tebas. Qué soberbio edificio el de la iglesia de San Juan de Letran!!! Situada escéntricamente, aunque dentro de la nueva Roma, como en medio de una vasta soledad separado de toda habitacion. Esta antigua basílica ha atravesado tantos siglos, ha visto pasar millares de generaciones, que se han dispersado como el ligero polvo que levanta el aire, ha contenido en su sagrado centro cuatro concilios generales, sirviendo de sepulcro á la mayor parte de los venerables obispos que los compusieron.—La iglesia de San Juan de Letran es la catedral de Roma, y en ella tiene su silla el papa como obispo de Roma: es la iglesia primera de los cristianos, y así se lee so-

bre su fachada, sobre sus puertas, sobre todos los bancos: *Basílica Lateranensis, mater, et caput omnium ecclesiarum*. La Basílica de Letran, madre y jefe de todas las iglesias.

Errante sobre esta tierra estrangera, desconocido viajero, me encontré en mi cuna, sobre el seno de mi madre!

Las tres grandes iglesias de Roma son San Pedro, San Juan de Letran y Santa Maria la Mayor; son realmente basílicas, palacios del rey de los reyes. El génio de las bellas artes ha desplegado en ellas la profusion de sus riquezas de que estos inmensos edificios son museos. Si San Pedro y San Pablo resucitasen en Roma, al entrar en estos templos, en estas soberbias casas de Dios, creerian entrar en los palacios de los reyes Asirios.

Llámanse iglesia de San Juan de Letran, por haber sido construida en el año 324 por orden de Constantino, sobre las ruinas del palacio de *Lateranum* uno de los senadores que hizo perecer Neron por una de las conspiraciones tramadas contra su vida.

Los papas residieron en el palacio de Letran durante mil y treinta y seis años, se esmeraron en embellecerlo y adornarlo á porfia desde que se quemó en 1360 hasta 1730, es decir, por mas de cuatro siglos, diez soberanos pontífices, amigos de las artes, de los que, el último de la familia de Corsini, Clemente XII, levantó la imponente y magestuosa fachada. La puerta de enmedio es antigua, de bronce, de un trabajo admirable, y el único modelo que existe de las que los antiguos llamaban *quadri-foros*. Sobre esta puerta está el balcón desde donde el papa dá su solemne bendición *Urbi et orbi*, y su construcción asi como la del vestíbulo es digna de la consideracion de los artistas.

El templo se divide en cinco naves que separan cuatro filas de trescientas cinco enormes columnas acanaladas, de mármol precioso, y de rara belleza; en nichos adornados de columnas de verde antiguo están las estatuas colosales de los doce apóstoles.

El altar del Sacramento es de una magnificencia difícil de describir; debajo del tabernáculo hay un bajo relieve de plata maciza representando la cena, sostenido por dos ángeles de bronce dorado, al rededor del altar hay cuatro magníficas columnas acanaladas de bronce dorado de nueve pies de circunferencia, que pertenecieron al templo de Júpiter Capitolino, y que Augusto hizo fundir con el bronce de las proas de los navios egipcios despues de la batalla de *Actium*. La decoracion del altar mayor es curiosa por otro estilo; su tabernáculo es gótico y encierra su rico relicario las cabezas de San Pedro y San Pablo que el papa Urbano creyó haber encontrado en 1368 en las ruinas de la antigua iglesia incendiada. Sobre la nave principal hay un riquísimo techo cuyo grandioso esplendor domina maravillosamente la grande escena del templo.

Clemente XII, en su cualidad de restaurador de la basílica, creyó deber añadir su propia consagracion y la de su familia á todas las que santifican la iglesia de San Juan. Por orden suya el arquitecto Galilei, el florentino, autor de la fachada de la basílica, construyó á la izquierda de la entrada de la iglesia la maravillosa capilla de los Corsini, el mas bello y rico monumento que la piedad, el orgullo y el poder de un papa pudo levantar jamás á su propia inmortalidad. Asi las cenizas de Clemente XII reposan en la bella urna de pórfido que se hallaba en el pórtico del panteon de Agrippa; este sepulcro está protegido por un riquísimo mosaico copia del cuadro de San Andrés de Corsini del Guido; una graciosa cúpula resplandeciente con estucos dorados, como la de los baños de Livia, rivaliza en elegancia y lujo con la hermosura de los mármoles que forman el pavimento de este gabinete sepulcral. En medio de la gran nave se vé el hermoso sepulcro todo de bronce del

famoso papa Colonna Martino V. Mas de veinte papas y un gran número de cardenales tienen sepulcro en esta magnífica iglesia. Hacia la puerta principal, embutido en una pilastra, en un lugar retirado, se vé un lienzo del siglo XIII pintado por el Giotto, y es un excelente retrato de Bonifacio VIII avergonzado aun del bofetón que le dió Felipe el Hermoso rey de Francia. Parece que ha buscado la sombra y la soledad para llorar esta afrenta, de que despues de cinco siglos no ha podido aun consolarse, porque aquel bofetón fué terrible, porque hizo decaer el prestigio del pontificado y fué á grabarse de una manera indeleble en la megilla de todos sus sucesores. En el pórtico inferior se halla la estatua de Constantino encontrada en el Quirinal en las termas de este emperador, y sobre el pórtico lateral la estatua de bronce de Enrique IV, el mas ilustre bienhechor y el mas singular canónigo de esta basílica.

El papa le concedió el derecho de transmitir esta dignidad á sus sucesores, que han disfrutado todos los reyes de Francia desde entonces.—Por su posición escéntrica de la frontera de Roma, sobre el camino de Nápoles, á una legua de la maravilla del Vaticano, la basílica de Letran presenta en el vasto perimetro de su territorio una especie de principado religioso independiente, notable sobre todo por la variedad de los monumentos, por su estilo y épocas desde el obelisco de Tebas hasta la fachada de Clemente XII. A esta basílica le dán tambien por su magnificencia el nombre de *Basílica de oro*. Su cabildo en las funciones públicas tiene preeminencia sobre el de San Pedro. Antiguamente el embajador de Francia, y hasta la revolucion de Julio de 1830, asistia algunos dias á las funciones de esta iglesia con las vestiduras reales en representacion de su soberano que es el primer canónigo de ella.

El cardenal vicario de Roma, asistido del clero de San Juan de Letran, celebraba en esta iglesia los divinos oficios, y revestido de capa morada procede á la bendición del agua, del fuego nuevo, y de los cinco granos de incienso destinados al Cirio Pascual. En seguida este Cirio llamado tambien *Arbor pascalis* recibe con los ritos de costumbre los granos simbólicos, que marcan imágenes misteriosas colocado cerca del altar mayor en un candelabro colosal parece á uno de los obeliscos tan numerosos en Roma, y cuya cúspide habia sido adornada por los sacerdotes del antiguo Egipto con alegóricos caracteres que encubren un sentido misterioso.—Durante la primera parte de la ceremonia están apagadas las velas del altar, y las lámparas de la basílica. La iglesia ha querido significar así las sombras del sepulcro en que la victima del Calvario durmió durante las horas de su muerte.

Estas tinieblas imitativas producen en todas partes un gran efecto, en Roma extraordinario. Apoyado sobre la verja dorada del altar de San Juan de Letran, me decia yo á mi mismo: durante los tres dias que el Dios crucificado pasó en la noche del sepulcro, soldados vigilaban su tumba, carceleros de un sepulcro se habian colocado sobre la piedra sellada para guardar este cadáver de que desconfiaban aun. Quiénes eran esos soldados? romanos eran, legionarios del emperador, compatriotas del procónsul que abandonó al rey de los judíos al furor del populacho de Jerusalem, lavándose las manos en la muerte de un hombre que decia: dad al César lo que es del César: compatriotas del centurion, que la víspera en medio de las tinieblas del Gólgota, bajó de la montaña, hiriéndose el pecho y gritando que Jesus era verdaderamente un Dios. Con cuanta atencion vigilarian estos soldados temiendo que en aquella tumba se ocultase algun prodigio ó temiendo una asechanza, porque los amigos del muerto habian anunciado que saldria bien pronto del sepulcro. Qué diálogos tendrian mientras velaban sentados sobre el mármol del

sepulcro? Tal vez se preguntarian unos á otros: ¿Quién es este cadáver que nos hacen tan cuidadosamente guardar? Sin duda no es un muerto vulgar. Ha sufrido el suplicio de los esclavos; pero numerosos prodigios han señalado la hora de su muerte. Nuestros padres han dicho que Rómulo desapareció en medio de una tempestad, que sin duda no seria tan terrible como la tempestad de ayer. Nosotros hemos visto en nuestra infancia las catástrofes que anunciaron la muerte de Julio César, pero ¿qué fueron estos prodigios con los que presenciámos ayer? No en vano la naturaleza ha dado tantas señales de duelo. Cuando las montañas se han conmovido, el velo del templo se ha rasgado, los sepulcros se han abierto y la bóveda de los cielos ha visto obscurecerse el sol y ensangrentarse la luna á la hora en que espiraba este hombre, este hombre debe ser el amor ó el horror de los dioses inmortales. ¿De quién será, pues, el cadáver que nos hacen custodiar aquí?

—Este hombre anunciaba un reino desconocido, se llamaba hijo de Dios, y hablaba de milicias celestes, de quienes se decia jefe. Acordémonos de que al irle á prender en el Monte de las Olivas nos hizo tres veces caer en tierra el solo acento de su voz; acordémonos de la cura de nuestro compañero Malco, cuya oreja arrancada por la espada de uno de sus discípulos fué sanada por este hombre. Sí; responderia otro; ¿pero si verdaderamente fuese el hijo de los dioses, hubiera hasta el fin sufrido el suplicio de los infames? ¿hubiera tolerado los ultrajes de la muchedumbre, las bofetadas y los azotes de los verdugos? ¿No hubiera arrojado la corona de espinas de su cabeza para haber hecho resplandecer en ella una brillante diadema, hubiera lanzado desde la cruz aquel grito de angustia y de dolor antes de exalar el postrer suspiro? Tal vez es solo un impostor que no ha podido hasta el fin sostener su mentido papel; acordémonos que blasfemaba de los dioses, los dioses le han abandonado, los dioses le han castigado. Velemos sobre su sepulcro y no dejemos que sus amigos vengan á arrancarnos este muerto!

Este muerto, soldados romanos, resucitará mañana; es el Dios que debe reemplazar á Jupiter. La cruz de donde le han bajado será bien pronto plantada en Roma sobre el Capitolio, sobre el Palatino, sobre el Janículo, sobre cada una de las siete colinas, y uno de esos pobres discípulos que le han dejado morir, irá á reemplazar al César sobre el trono de la ciudad imperial!

Hoy se celebraba en Roma despues de mil ochocientos nueve años la realizacion de esta verdad y el triunfo de Jesus sobre la muerte.

Hoy las doce profecias que se leen en los oficios divinos son una rápida sucesion de los mas sublimes cuadros de la biblia.

El eterno Creador del mundo asentado en su gloria, antes del principio de los siglos fecundando el caos y sacando de él el mundo.

El diluvio, esa inmensa catástrofe cuya relacion presenta el mas bello de todos los dramas.

Abraham sobre la montaña, dispuesto á herir con el obediente acero á su hijo Isac, víctima resignada á la voluntad del Eterno.

El pueblo de Israel, saliendo libre de Egipto, y el ejército de Faraon con sus carros, caballos y caballeros anegado en las ondas del mar Rojo.

En fin, todas las visiones, todas las amenazas, todas las súplicas de aquellos hombres que Dios enviaba para ir á predicar el arrepentimiento y la penitencia á los pueblos del antiguo mundo.

El luto, las tinieblas, los cánticos de dolor cesan, y son reemplazados por las galas, la claridad y los himnos de alegría. Hay un momento en el sábado santo en que se ejecuta de repente la mas brillante peripecia. Caen entonces los velos morados que cubren los alta-

res; los ornamentos blancos riquísimamente bordados brillan en todas partes; enciéndense entonces millares de luces; los sacerdotes postrados ante el ara, tendidos sobre el mármol del templo, levantan la cabeza; las campanas de la ciudad, mudas por tres días, comienzan todas á la vez y sobre mil diversos sonos, el sublime cántico de bronce; este momento es el del *Gloria in excelsis*.

Es preciso estar en Roma para asistir á esta resurrección triunfante. En Roma, á quien Rabelais llamaba la *Isla tonante*, Roma, la ciudad de las magníficas basílicas, de las trescientas iglesias, de los mil conventos, es donde se oye á esta hora del gloria una armonía de campanas que no tiene igual en el mundo.

El concierto de las campanas crecía de momento á momento. Un ruido de bronce atronaba toda la ciudad; estas voces metálicas resonaban en todos los diapasones, roncadas y lentas las unas, vivas y rápidas las otras, terribles como el trueno estas, dulces y alegres aquellas, resultando de su conjunto una música aérea; profunda, bulliciosa, infinita, la sola digna de traducir en sonidos terrestres el himno que los ángeles cantan en el cielo *Gloria in excelsis Deo!*

A aquella misma hora en todos los países del mundo resonaba el mismo concierto, si, en todas partes, del Sur al Septentrion, del Occidente á la Aurora, en todas partes las campanas bendecidas arrojaban al viento el cántico de gloria y de triunfo.

Sobre las alas del pensamiento recorriamos el universo, y aunque atronados por la vibración de las campanas romanas, creíamos oír las campanas de Madrid, y después todas las campanas de España, que han podido salvarse del furor de los modernos Atilas; todas las campanas de la Francia, de la Irlanda y de la Alemania, y después, atravesando el Océano, oíamos la misma sinfonía resonar en todos los contornos del globo; en los archipiélagos del Asia, en las montañas de Armenia, en las llanuras de Persia, en la ribera de las cascadas del Nilo, en los llanos de Tong-king sobre las márgenes del Japon, en las orillas del Ganges y en las Américas en el fondo de las sabanas del Canadá, en la cima de los Andes y las cordilleras, y sobre las ruinas del antiguo mundo en Tebas, en Menfis y en Atenas, y en todas partes igual himno, idéntico cantar, el cántico de los hombres y los serafines, el cántico quedice: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad!

Después volvíamos á Roma, y nos hallábamos en san Juan de Letran, en la primera iglesia del cristianismo. Desde aquí se extendió á toda la tierra esta religión que celebra hoy una de sus mas importantes solemnidades y prepara para mañana el día de su triunfo: desde aquí partieron todos aquellos mensajeros de la cruz que llevaron la luz á los pueblos sentados en las tinieblas de la muerte, y aquí á nuestra vista reside el anciano venerable y augustó á quien todos los pueblos dan el nombre de padre sobre la tierra.

En los oficios de este día, y antes de celebrar la misa, el clero de la basílica de san Juan de Letran vá al baptisterio, que es un edificio aislado á la inmediación de esta iglesia y en el que Constantino fué bautizado. Hermosa y elegante es su construcción interior. Cuatro ligerísimas columnas sostienen una bóveda cuadrada pintada al fresco por *Andrés Sachi*; después una cúpula sostenida por ocho columnas también muy ligeras describiendo una rotunda en cuyo centro hay una gran pila de pórfido. El cardenal vicario del papa bendijo según el rito la fuente bautismal, administrando después el sacramento del bautismo á un judío que asistió á la procesion. El catecúmeno estaba vestido de una especie de toga ancha de lienzo blanco, y esta ceremonia es imponente y edificante, siendo de notar en ella que el bau-

tismo se administra según la costumbre antigua de la iglesia por su inmersión.

Una ceremonia particular se celebra en la noche del sábado santo.—A las siete de la tarde el patriarca de los armenios católicos celebra una misa solemne en la iglesia de esta nación. Nada mas hermoso, bello é imponente que sus ornamentos orientales, y los de los sacerdotes que le asisten, y lo hermoso y respetable de sus ceremonias. Cada nación del oriente del rito católico está representada en Roma por su patriarca, ó por un obispo, y tienen una iglesia en donde celebran las grandes solemnidades en su propia lengua y con ceremonias y ritos particulares.

Al salir de la iglesia de los armenios, pudimos observar en las principales calles el movimiento y la alegría que toman los romanos en la celebracion de la fiesta de la Pascua, cuya víspera solemnizaban arrojando en las calles bombas artificiales, disparando tiros y petardos, atronando los oídos de los que pasan, y esponiéndolos aun á algo mas.

En celebracion del fin de la cuaresma, todas las tiendas de tocinería y salchichería están perfectamente adornadas, colocando en gradas y entremezclados de flores, jamones, chorizos, morcillas y otras piezas de salchichería, y en el fondo de la tienda, brillantemente iluminada con muchas velas, un altarito con un santo ó santa, y mas frecuentemente con una pequeña imagen de la Virgen, á cuyo culto y devoción son muy dados los romanos.

Párase á las puertas la multitud á contemplar este espectáculo, y aun algunos coches se detienen delante de estas tiendas, en cuyo adorno hay grandes rivalidades todos los años, y fundan todo su orgullo los tratantes en carnes y géneros de salchichería.

DOMINGO DE PASCUA.

El domingo de Pascua de resurrección en Roma, es el mas hermoso día del año en la primera de las ciudades del mundo. Desde muy temprano las campanas de todas las iglesias saludan en las regiones del aire la aurora del día triunfal. Roma entera se despierta entonces, y corre á San Pedro. Por muchas horas de la mañana las calles que conducen á la basílica parecen otros tantos torrentes, por donde pasan con la mayor confusion multitud de ciudadanos y estrangeros, millares de carruajes de todas formas y colores, carretelas descubiertas con familias enteras inglesas, landós con personajes diplomáticos, carrozas con cardenales, pesadas, macizas, pero cubiertas de adornos dorados y blasones de color encarnado, y en los caballos plumeros del mismo color, cargadas de un pueblo de lacayos pomposamente vestidos, de regimientos y escuadrones que tocando marchas marciales se dirigen á la plaza del Vaticano. En medio de este torbellino de gentes, coches, soldados, peregrinos, frailes y mugeres, se llega á la plaza delante de la cúpula de San Pedro, que en este día parece alzarse al cielo mas sublime y magestuosa que nunca.

Entramos en la magnífica iglesia de San Pedro dos horas antes de comenzarse los oficios, y ya una multitud incalculable llenaba la mayor parte del inmenso edificio. Ya las guardias suizas con su pintoresco traje y armas de la edad media se hallaban colocadas en dos filas á lo largo de la nave principal que estaba enteramente despejada para dejar libre el paso á la comitiva del papa. Habian levantado con maderos cubiertos de ricos tapices una tribuna en el trasero para los músicos y colocado el número de banquetas suficientes para las personas de la corte pontifical entre la silla de San Pedro y el altar mayor. A los dos lados de este se habian construido dos anfiteatros exclusivamente para las señoras, y

á los que se entraba con billetes que dá el *maestro de la cámara*, es decir, el mayordomo mayor del papa. Sucesivamente van llegando las congregaciones de penitentes blancos, de penitentes negros en número de trescientos aproximadamente. A las once todas las miradas se fijan sobre la capilla de la *Piedad* inmediata á la puerta principal. Alzase la enorme cortina que cubre la puerta, ábrense sus dos hojas de bronce y penetra por ella la guardia suiza de gran uniforme al compás de armoniosas músicas, siguen los prelados que llevan la cruz y los candeleros, pues ni en Francia ni en Italia se usan ciriales, precediendo el cuerpo de monseñores, de auditores de la Rota, de camareros y demas miembros de la corte pontificia; siguen despues los canónigos de San Pedro y de San Juan de Letran, despues dos obispos griegos y un patriarca armenio, con hábitos pontificales abriendo la marcha del cuerpo episcopal, estos tres ancianos con su mitra en forma de corona, guarnecida de piedras preciosas con sus magníficos ornamentos orientales distintos de los de la iglesia latina, con su venerable barba blanca, y su cabellera flotando sobre la espalda, con un aire de magestad y grandeza que inspira respeto. Siguen los veinte y ocho arzobispos y obispos de todas naciones con mitra dorada y capas riquísimamente bordadas.

Vienen despues cuarenta y dos cardenales revestidos, segun sus títulos, de diáconos, sacerdotes ú obispos de la dalmática, casulla ó capa, y todos con brillantes mitras. En fin, el soberano pontífice con la tiara en la cabeza, y los mas ricos ornamentos entra llevado sobre una magnífica silla sobre unas andas cubiertas de terciopelo encarnado recamado de oro. Dos grandes abanicos de pluma en unas varas doradas de seis pies de altura dán sombra á su cabeza, llevados por dos prelados. Los guardias de corps rodeaban la silla del papa. Cerraban la brillante comitiva el senador y los conservadores con sus vestidos de la edad media, rodeados de sus pajes y guardias particulares.—Seguia inmediatamente el cuerpo diplomático con sus brillantes uniformes, y todos los principes y duques romanos. Nada mas brillante y magestuoso é imponente que la entrada del venerable gefe del cristianismo en medio de esta pompa incomparable en el mas grande y bello templo del mundo.

Dobla la rodilla el soberano pontífice delante del altar mirando á la puerta principal del templo, por estar construido el altar segun el uso de la primitiva iglesia vuelto al oriente. Hace una corta oración, y comienza la misa que dura con la música de la capilla y todo, solo cincuenta y cinco minutos. El decano del sacro-colegio se coloca á la derecha del pontífice, el primer cardenal presbítero á su izquierda con casulla, y los siete cardenales diáconos con dalmáticas detras de él.—Poco despues el hombre dos veces rey, ceñida la frente con la triple corona, marcha á sentarse en un espléndido trono, y desde él alzando la vista al cielo, y con los brazos levantados entona con voz firme y clara el himno divino.—*Gloria á Dios en los cielos, y paz á los hombres en la tierra!!!...*

La misa vá á concluirse: el papa, despues de consumir en el altar el pan eucarístico, vuelve á colocarse en el trono, y el primer cardenal diácono le trae el sagrado caliz. El papa puesto en pié bebe de él, y el decano de los cardenales presbíteros acaba de consumir en el altar lo que resta en el caliz y termina en lugar del papa la misa.

Terminada esta, todo el mundo sale apresuradamente del templo á situarse fuera, porque el padre comun de los fieles debia ser llevado procesionalmente á la tribuna exterior para dar desde allí la solemne bendición *URBI ET ORBI*.

Cerca de ochenta mil espectadores ocupan la magnífica é inmensa plaza del Vaticano. Regimientos de infantería, escuadrones de caballería con banderas y estandartes desplegados forman en batalla al rededor del

obelisco de Sesóstris frente á la basílica, las galerías de la doble é inmensa columnata se cubren de innumerables grupos de hombres, mugeres y niños en todos los balcones, en todas las ventanas, sobre todos los techos de las casas inmediatas se ven agrupadas un enjambre de cabezas.

Mil confusos rumores se levantan de este torbellino humano, y mil sonidos armoniosos pueblan á la vez el aire: á las voces de las gentes se mezcla el ruido de los coches, el redoble de los tambores, las sinfonías de las músicas, y la atronadora vibración de las campanas de san Pedro.

A una señal desaparece todo este inmenso ruido, y sucede un silencio sepulcral, el silencio de la media noche en medio de un desierto.

Gregorio XVI se ha presentado en el balcon de la basílica!

El papa colocado en medio de la tribuna, en la silla gestoria, en que ha sido llevado en hombros de ocho prelados, está sentado en medio de un obispo que lleva en la mano una palmatoria con una luz, y otro obispo que tiene delante de él abierto un libro en donde está escrita la fórmula de la bendición.

Al pronunciar estas palabras, *urbi et orbi*, en medio de una larga oración dividida en cuatro periodos, el santísimo anciano se levanta de su silla, y con la mano trémula designa tres cruces sobre el pueblo, despues alza los brazos al firmamento, y se vuelve á los puntos cardinales del cielo, y replegando sus manos despues sobre el pecho, se sienta. El papa estaba visiblemente conmovido, y algunos de los que estaban á nuestro lado aseguraban que lágrima corrian por sus mejillas. Que mucho que fuese cierto! Estará allí sobre el balcon del templo mas bello del mundo; dominar desde lo alto del aire una multitud postrada en su presencia; saber que en aquella misma hora todo el mundo católico se inclina bajo su mano; sentirse el mas augusto, el mas verdaderamente poderoso entre todos los hombres; manifestarse al pueblo en toda su gloria, al sonido de las trompetas, y al estruendo de los cañones; como Dios en Sinaí en medio de relámpagos y rayos, y despues volver la vista á sí mismo, y encontrarse tan débil, tan pobre y tan perecedero como los demas mortales en comparación de Dios, debe de ser una de esas emociones que afectan al corazón mas fuerte, y yo comprendo, ó Gregorio XVI, que llorarais el día que yo recibí vuestra bendición, confundido entre ochenta mil almas que doblaron las rodillas á vuestra presencia!!!

A la hora en que el cañon de Sant-Angelo anuncia la bendición papal, todos los habitantes de los contornos vecinos se prosternan para recibir esta bendición que se dirige hácia los cuatro puntos del cielo y sobre todos los horizontes.

El papa se retira. Desde la misma tribuna un cardenal arroja al pueblo billetes impresos donde se expresa el número de años de indulgencia que su santidad concede á todos los que han presenciado esta ceremonia, de que es difícil formar una idea sin haberla visto.

La noche del día de pascua se dá al pueblo romano un espectáculo que no por ser una simple diversion, es menos maravilloso. Se ilumina de repente la cúpula de la iglesia de san Pedro, su fachada y la doble columnata de la plaza del Vaticano. Los *sampietrini*, especie de habitantes de las alturas de la basílica, donde se crían y educan acostumbrándose desde la infancia á medir los abismos de su altura, á reparar, limpiar y adornar la obra de Miguel Angel, á fin de que constantemente sea digna de la divinidad que la habita; por medio de poleas invisibles suspendidos por la cintura á una cadena de cuerdas, nadando por decirlo así entre el cielo y la tierra, son los que disponen la mas grande iluminación, que puede concebir la imaginación humana.

A la señal de un cañonazo, tres mil ochocientos faroles designan verticalmente las líneas de la cúpula. A otra señal seiscientos noventa luces cortan horizontalmente estas mismas líneas con el mas brillante resplandor.

La rapidez, la magia de este cambio de decoracion repentino hecho á la vista del pueblo escede á toda ponderacion. A un tercer cañonazo, mientras la casa de Dios resplandece con luces verdaderamente sobrenaturales, un volcan se lanza desde el mausoleo de Adriano, hoy castillo de Sant-Angelo, bajo el nombre de *Girándola*, llenando los aires de una horrorosa detonacion, y de amenazadores fuegos, que parece oponer la alegría del infierno á la celeste claridad del paraíso.

La *Girándola* que se dispara desde lo mas elevado del castillo de Sant-Angelo, es un inmenso artificio de pólvora que consta de diez y seis lados y cada uno de ellos se compone de cuatro mil quinientos cohetes. Es de corta duracion pero ruidosísimo. Calcúlese la explosion de setenta y dos mil petardos á la vez!!!

La gran basílica repentinamente iluminada en medio de las tinieblas de la noche, aparece uno de esos palacios encantados del Oriente, que solo se encuentran en los cuentos fantásticos.

La iglesia de San Pedro está edificada sobre el terreno que ocuparon el Circo y los jardines de Neron.—Iluminaciones de bien distinto género presenciaron en otro tiempo estos lugares. Allí el *Emperador artista*, como le han llamado ciertas gentes por que cantaba y representaba en los teatros, hacia quemar en forma de hachones á los cristianos cuyos cuerpos hacia cubrir de resina y azufre. Las calles de sus jardines estaban ador-

nadas de estas horribles luminarias, y el emperador paseándose recitaba los versos de una tragedia, ó tocaba la flauta. *Miseratio oriebatur*, añade Tácito al referir estas execrables funciones; y este profundo historiador miraba á los cristianos como enemigos del género humano!

Hoy en lugar de homicidas luminarias brillan sobre el mismo sitio luces pacíficas y esplendentes, que anuncian al mundo el triunfo de aquella religion tan perseguida, y contra la que no prevalecerán jamás las puertitas del infierno.

La gran semana ha terminado, las fiestas religiosas, cuyo esplendor y pompa eclipsa á cuantas nos refieren los libros bíblicos de la magestad y riqueza del templo de Salomon, han concluido: la inmensa multitud de extranjeros que de todas las partes del globo habia acudido á la ciudad sagrada, se dispone á tornar á sus hogares, y á dar el último á Dios á la ciudad de eternos recuerdos!

Nosotros nos preparamos tambien á continuar nuestros viajes por la hermosa Italia. Quisimos aun visitar á Roma despues de pascuas á la claridad de la luna: la noche estaba magnífica. Ningun viajero deja de hacer esta expedicion nocturna. Nosotros conocíamos toda Roma. Habíamos visitado á la luz del sol la ciudad; pero las ruinas, los monumentos, el paisaje aparecían ahora modificados por los accidentes de la sombra. Creíamos asistir á la vision de otro mundo, contemplando al través de las sombras de los siglos el espectáculo de Roma, despues de haber contemplado en toda su realidad la Roma de 1842. JOSE MUÑOZ MALDONADO.

ESTUDIOS MORALES.

FANTASIA.

UNA ILUSION.

Triste resonaba y acompasado, el agudo y clamoroso cimballo que á los fieles convocaba á la oracion; solo el tardío eco de sus vibrantes tañidos interrumpía la profunda calma, el absoluto silencio, con que imponente el espacio, parecia querer intimidar á los débiles mortales. El refulgente astro del dia, ocultaba presuroso sus deslumbradores destellos, cual si huyera por no autorizar con su magestuosa presencia la insondable iniquidad de los hijos de la tierra; parecia ansioso buscar un mundo en que sus vivificadores y purpurinos rayos no se quebráran cual débil juguete en infantiles manos, y donde no manchára su bruñido disco con el impuro álito de los seres humanos. La tenebrosa oscuridad de la noche, tendiendo su funeral y túpido velo, iba reemplazando con bailadoras sombras y fatídicas visiones los puntos que antes luminosos abandonaba el astro matutino, al plegar su luciente cabellera.

Algunos débiles resplandores, tibias lumbreras de la noche, se mostraban en lo mas alto del firmamento, concediendo consuelo pasagero á la vista, que con ávida mirada buscaba un punto en que fijarse ansiosa. Sereno y en calma estaba todo, todo yacía! Solo en el opuesto horizonte y al lejano nivel donde le termina la reducida estension de la mirada, se veían agruparse ligeras nieblas que con perezosa lentitud se condensaban, empañando así la imperceptible claridad que avara permitía la azulada esfera.

Triste yó presenciaba este espectáculo, y lo miraba, como un hombre que enfermiza tiene su razon; lo mira-

ba, si, mas era con la indiferencia que inspira á todo lo creado, el que se siente herido con el mas agudo rayo del fatalismo y de la desventura, lo miraba con la misma embriaguez que contempla el reo condenado al último suplicio, el implacable y sanguinario instrumento que ha de segar su garganta; con la misma estoica impassibilidad, que los mártires del cristianismo, al experimentar los agudísimos dolores y maceraciones á que los obligaban á sucumbir.

Nada era bastante á arrancarme al letárgico decaimiento que me adormecía; solo en mi estancia y postrado en un hondo sillón, permanecía mi cabeza reclinada cual si fuera para mis hombros de un enorme é insupportable peso, y lo era en verdad, porque padecía! la muerte misma no me hubiera distraído de las amargas y dolorosas impresiones que debilitaban mi espíritu; la muerte no, porque con ansia deseaba alejarme de este emisferio de llanto y de alieccion.

Intensamente herido en mi mas caro afecto, dolorosamente punzada mi alma por el mas cruento dardo, nada podia fijarme de todo lo que en el mundanal torbellino se agita y confunde. La noche, única compañera y amiga fiel del desgraciado, me convidaba generosa á depositar en su secreta confidencia el pesar que mi llanto ahogaba y enlutaba mi corazón.

Tanto era; y cual si los elementos nacieran de mi volcanizado pecho, ó pretendieran con él armonizarse, así desencadenando instantáneamente su terrible y comprimido furor, tributaban homenaje á mi insensible estado.

Con estruendo sordo y pavoroso, comenzaba á rugir el estremecedor bramido del huracan que precede á la siniestra aparicion de la tempestad; entrecortados y pardos celajes avanzaban por la infinita estension, ocultando con los pliegues de su vaporosa vestidura las apaga-

das constelaciones celestes; gruesas y precipitadas gotas de agua produciendo al caer en el suelo un susurrante y campanudo sonido, se desprendian de la nube misma que rasgándose con fosfórica rapidez, se mostraba inflamada, cual el cráter de un volcan al vomitar la ardiente lava que elavora en sus entrañas, y lejano y amenazador retumbaba con horrible zumbido la detonacion que acompaña á las pálidas llamaradas de las emanaciones eléctricas.

Este otro espectáculo acordaba mas con mi situacion, y adormecido y presa del mas funesto letargo, de la mas reprimida angustia, permanecia asombrado, sin sensaciones y cual si gimiera bajo el peso de la divina maldicion.

El mas implacable de los hados, me arrancó de un golpe todas mis ilusiones, eclipsó la rutilante *estrella*, fero de mi ambicion, que me unia á la vida cual un eslabon con otro que forma la cadena; mas aun, fatal signo! me restaba el postrero golpe, aun tenia reservado para mien su fondo la copa de la amargura, una gota que apurar, aun tenia que sufrir la horrible prueba de verme frente á frente ante la realidad desnuda, ante una realidad que mis sentidos rehusaban penetrar.

Dormia; mis fatigados miembros descansaban al arrullo de la tormenta, con la misma calma y tranquilo sueño, en que reposan las almas vírgenes que solo descubren risueñas imágenes y dorado y venturoso porvenir; semejante efecto ocasionan las mas divergentes sensaciones; mas de pronto, cual si sedienta mi nefanda suerte no se cansara de verme padecer; cual si ardiendo en ira envidiara la escasa tregua concedida á mi mortal quebranto; cual si aun se holgara en contemplar mi sufrimiento, burlándose con sonrisa sarcástica, á un me deparó una pesadilla celestial que con mas dureza me lanzó en la sima que á mis pies se abria.

Sonaba, si....; pero soné que arrebatado por impalpables y voladores mensajeros, y que trasportado en alas invisibles, hendía el viento y salvando con mágica rapidez las ilimitadas distancias, soné que penetraba en una fantástica mansion, do se respira el mas puro ambiente de desconocidos aromas; do una dulce y divinal antorcha presta sus matizados resplandores para descubrir y leer en el surco mas recóndito del corazon, do se estiende la mirada sin obstáculo que impida su peregrina penetracion, y donde suaves y dulcisimas armonias

embriagan el alma con melodiosas cadencias, difundiendo por todo el ser humano el mas sublime de los consuelos.

Allí, ante aquel encantador y célico espectáculo, ante aquella continuada primavera que ostentaba envanecida y ocultas hasta entonces para mí, sus encubiertas galas, ante aquel venturoso clima que sus moradores desconocen, por no sufrir jamás las heladas brisas del invierno, ni los sofocantes ardores del estío, ante aquella eternal felicidad en que sonrien y de incomprensible espresion aun para las mas ardientes imaginaciones, sentía desvanecerse mi cabeza sin poder explicar lo que mis ojos absortos contemplaban.

Cruzó rápida una idea por mi mente y busque anheloso tocar la realidad que mi agitado espíritu retrataba, corria tras el emblemático ser que agitó mi corazon, tras mi *estrella*, tras la *estrella* que cual la que guió á los santos reyes del Oriente á la adoracion del tierno y divinal infante, debia guiarme y ser mi norte en la escabrosa senda de la vida y en las sinuosidades del mundo. Busquela y la hallé, vino á mi encuentro, cual una exalacion desprendida de la celeste cumbre, y á su aparicion sentí desfallecer, flaquear mis debilitadas rodillas, y hubiera caido cual piedra lanzada por desoladora nube si no me sostuviera una fuerza singular, como la que suspende un objeto solicitado por varias masas de uniforme gravedad.

La hallé; mas que hermosa! Risueña y sonrosada cual tierna flor del abril, cual fresco y lozano tallo que arrancado por el vendabal arroja sus tiernos retoños para brotar con mas fuerza, en mas frondoso jardin, la hallé apasionada cual siempre, encantadora cual nunca, y únicamente pude esclamar:

—Angel mio, quiero morir!

—No, morir no! vén á mis brazos, tu hora postrera aun no ha sonado, mas piensa en ella y nunca lejana te parezca.

—No importa; así mas pronto se ahogará mi pena.

—Insensato! no profanes con mundanales deseos la gloriosa estancia que te sustenta; no alimentos tan criminal y loco intento; piensa que estas en presencia de la divinidad y que ultrajas y escitas con tan temerarios pensamientos su omnipotente poder.

Vive, vive aun, que aun te restará alguna sagrada



mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno, vive y no atentes contra el hilo de tus dias que solo es dado cortar al que generoso te los otorgo.

—Y de qué mision puede estar encargada mi triste é inútil existencia?

Mira, arroja una mirada á ese mundo que ahora gira bajo tus plantas. Quieres morir! preguntas cuál es tu mision? Pues bien, mira: crees que no te alcancen dolores que mitigar, penas que adormecer, lágrimas que enjugar, suspiros y ayes á que procurar consuelo? Inútil apellidas tu existencia, porque conoces y envidias la de otro mundo mejor! Ah! vive, vive porque te lo ordeno yo en nombre del Señor y siempre á mis mandatos sumiso fuiste.

—Mira, contempla; no ves aquel anciano que encorbado bajo el rudo peso de la decrepitud, sin mas sosten que su débil báculo, aterido de frio, cubierto apenas su mortal esqueleto de asquerosos harapos, se arrastra penosamente por el suelo en la mas cruel de las agonias? Pues bien! aquel es una víctima de la ingratitud de los hombres; es un miserable despojo de la mas sublime de las grandezas, es el símbolo de las inconsecuencias mundanales. Fué un aplaudido héroe en su juventud, la veleidosa fortuna le abrumó con la profusion de sus dones, y ahora contéplale bien, es un héroe de sufrimiento y resignacion, es un martir, y tú aun puedes ser su apoyo hasta que la yerta losa cubra para siempre su escasa sombra: aun tienes un deber que cumplir, un dolor que mitigar!

Mira, no ves aquella tierna virgen que se deshace en lágrimas de amargura porque le falta hasta el agua que generosa brota del manantial, para humedecer compasiva los desecados labios de su moribunda madre, que la tiende su pálida y descarnada mano implorándola con apagado y sepulcral acento? La ves á punto de sucumbir á la mas páfida seducción, á la seducción que con vil tráfico comercia con las calamidades y miserias de la vida, por llevar al helado lecho de la autora de sus dias, la redoma que aun puede prolongar un momento su existencia, pues bien! esa virgen que quizá dentro de breves instantes solo te inspirará desprecio y repugnancia, hasta en el mas ardiente acceso de tus pasiones aun puede ser amante apasionada, esposa feliz y madre tierna que cuidadosa se desvele por sus hijos. Ah! Se su protector, aun puedes salvarla de la resbaliza pendiente del insondable torrente que ante sus ojos se presenta, aun puedes salvarla del baldon, y el ultrage con que vá precipitada á manchar su blanca y pura investidura, aun te resta un deber que cumplir, una pena que adormecer!

Ah! descorre el velo que cubre y empaña tu deslumbrada vista; mira aquel huerfano niño que llorando de puerta en puerta mendiga un asilo donde abrigar su inocencia, mira cual se lamenta porque el orgullo del poderoso le rechaza con depresiva sonrisa, porque le niega aun el pan acibarado de la odiosa servidumbre, porque insulta la desgracia en su mas candorosa é inocente espresion. Pues ese niño, desvalido y sin consuelo, sin que adormezca su sueño el calor del regazo maternal, sin tener quien espese sus sencillas voluntades, ni á quien comunicar amoroso sus primeras impresiones, ese niño que pudiera llegar un dia en que su nombre repitiera la posteridad agradecida, por su valor, por su virtud, ó porque atrevido adivinara los arcanos que encierran las entrañas de la tierra, ese niño abandonado y sin amparo, crecerá sin direccion cual silvestre arbusto que nace en lo mas retirado de la selva, cual ignorado arroyuelo que gira sus cristalinas aguas á merced de su capricho, sin cauce que las contenga, y cuando desarrolladas sus naturales inclinaciones, sin el freno de la educacion, se desborden y adquieran forma,

entonces en lugar de un hombre á quien la sociedad eleve himnos de reconocimiento, deplorará quizá afligida sus inauditos crímenes, los referirá aterrada, y en vez de monumentos contruidos para recordar su gloria, erigirá públicamente cadalsos para castigar sus vicios. Aun preguntarás cuál es tu mision... aun te quedan lágrimas que enjugar, ayes y suspiros á que procurar consuelo! Rehúsarás aun dar crédito á los labios de *tú estrella!*

—No, nunca; nunca dudé de tu sinceridad; viviré, viviré si tanto cuanto que haya un desgraciado que reclame mi auxilio y hasta que llegue venturoso el dia en que nuestras almas se reunan para toda una eternidad.

—De esa suerte te harás acreedor á impetrar la clemencia divina, mas atiende; aqui tienen su asiento las virtudes, la paz, la calma y la felicidad; alli bajo solo impera la vileza y la ruindad mas execrable; alli moran los vicios, la guerra, la ambicion y todas las miserias concentradas. Desciende de nuevo al mundo, mi desvelo te acompañará incesante; yo te cubriré con mi poderosa égida; mas guarda el confundirte con aquel cuyo desvelo cifra en encender cruda guerra entre sus hermanos, con el ambicioso que sediento de honores y riquezas aspira sin considerar los medios que emplea, á la posesion del ideal que le trazan sus designios; no te confundas mira con aquel que jurando una eterna amistad, solo espera un momento favorable en que hundirte su puñal en el seno, con el que prodigando su lisongero labio alabanzas sin fin; te vende sin piedad al primer advenedizo que le ofrece un puñado de oro.

Ves como se dibujan los imperceptibles contornos del tiempo, implacable anciano, que cual fantasma sutil, corre y surge contando las edades con su arenosa medida, ¿cual gozoso señala las víctimas que á su paso le place arrebatar y como el misantropo habitante de los sepulcros hacina con su fiera parca el fatal y destructor resultado del veloz espedicionario? Pues bien, aprende, aprende que en el mundo todo es deleznable, todo perecedero; aprende que el tiempo todo lo destruye, la muerte lo termina todo, y temerario aun, atentarás á los cortos y frágiles dias de tu vida? aun....

—No ya nada; á tu lado renace mi valor, tu celestial acento me electriza; quiero vivir si, quiero vivir y á los infaustos hados desafío, que si contra mi daño conjuran sus maléficos genios, tu desde el cielo me alentarás, me inspirarás fuerza para resistirlos y perseverancia para vencerlos.

—Desciende misero mortal! no profanes con tu presencia las divinales mansiones; exclamó una voz tan terrible como el eco de la trompeta que ha de llamar al último juicio.

—Lo oyes, descender al mundo te ordena el Señor.

—No, tan pronto no; aun un momento.

—No! A Dios! Su gran misericordia te protege; tu feliz *estrella* vela por ti.

—Ah! en vano huirás sin que antes te estreche una vez entre mis brazos, sin que por la última escuche tu dulce acento, sin que mis labios impriman en tu candorosa frente el sello de mi amoroso respeto, de mi delirante frenesí.

—Huía! demente corrí por alcanzar su leve sombra, y cuando creia estrecharla contra mi seno, cuando iban á tocar mis labios su alabastrina mejilla, el horrisono estampido del trueno sacudió fuertemente la ventana de mi aposento, y abriéndose hirió mi cabeza bañada de copioso sudor.

Desperté, corrí aun tras la fantástica imagen que veian mis ojos, caí al suelo, lancé un grito, y al abrirlos nuevamente ante la luz de los que acudieron en mi socorro, conocí con amargura que soñaba, que todo fué una ilusion, una ilusion menos... una ilusion perdida.

J. LEGUEY.